

AIR MAIL



Cartas

a un espíritu inquieto

ENVIADO
RECHIBIDO

De su viejo profesor

Cartas

a un espíritu
inquietao

© 2011, Delegación de la Pastoral Universitaria de la Archidiócesis de Madrid

Coordinación editorial: UFV
Printed in Spain - Impreso en España por:
Publidisa
D.L.: SE-5135-2011
Edición no venal. Prohibida su venta.

1. El hombre como pregunta

Nueva York, 6 de enero de 2011

Querido Ignacio:

Te extrañará que te escriba una carta como ésta, pero el otro día me quedé con las ganas de seguir hablando, de buscar juntos las respuestas a las preguntas que me lanzabas como dardos. No digo que este método sea una apuesta segura, pero por lo menos habremos ganado la batalla a la prisa. Y la falta de respuestas no vendrá por no habernos empeñado en la contienda, por no habernos tomado en serio nuestra búsqueda.

No sólo te escribo porque siga siendo un profesor romántico y me parezca que el método epistolar tiene su gracia (y su profundidad) sino porque, como te dije, este año, tras décadas dedicado a la enseñanza a pie del cañón, tendré mi primer sabático y lo dedicaré a viajar y a comprobar que aquello que enseñé no está alejado de la realidad, y que la realidad tiene un mismo horizonte para todos los hombres.

Ya ves, mi primera parada, Nueva York. Un lugar en el que pareciera que las preguntas se convierten en rascacielos.

Enormes, insondables... y nosotros ahí, subidos al andamio, como en esa foto tan famosa en la que los obreros se comen el bocadillo a cientos de metros del suelo... ¡Qué pequeñez! ¡Y qué ingenuidad la suya!... Pero, ahí están. Construyendo un edificio con el deseo de llegar al cielo (¿recuerdas la clase en la que vimos la pretensión que sostenía la Torre de Babel?) y... tomándose un bocata.

Bueno, pues así estoy yo ahora mismo ante tu inquietud.

«¿Para qué la vida?», me dijiste, y te quedaste tan ancho soltando la gran pregunta que teje toda la historia de la humanidad. Y yo aquí, tras cientos de lecciones en el aula, sigo mirando el cielo que bordea los rascacielos, y me pregunto contigo: ¿para qué la vida?

Lo que te voy a contar no es más que mi experiencia, que vuelvo a hacer mía tras tu interpelación. Y esta experiencia —a medida que pasan los años, más me convengo— es dada como un regalo, como una certeza que no me pertenece, pero que me ayuda a distinguir el sol tras tanta mole de cemento. Querido Ignacio, toma lo que quieras, como un regalo que no puedo disfrutar yo solo. Como si, encima del andamio, te diera la mitad de mi bocadillo.

El hombre se hace preguntas

Lo primero que te digo es que ¡no eres raro! No te sientas extraño por tener un raudal de preguntas para las que no hallas respuestas, y a la vez un deseo enorme de enfrascarte en la vida sin esperar a tener muchas seguridades. ¡Bienve-

nido a la existencia! Llevamos dentro una búsqueda, una necesidad de saber para qué vivimos, de anclar nuestra vida a algo o a alguien que le dé sentido. Esta inquietud la tenemos todos. De hecho, las preguntas que me hacías el otro día eran auténticas inquietudes. No sólo se preguntan estas cosas los filósofos, los sabios o los que se dedican a la vida ociosa. Nos las planteamos tú, yo y todos los seres humanos, no importa la edad, la cultura, la forma o las palabras.

Estas preguntas vienen de dentro, no nos las mete nadie en la cabeza ni en el corazón. Salen porque somos buscadores por naturaleza, así estamos hechos. Y es muy serio lo que está en juego: el sentido de nuestra vida, de todo lo que somos y lo que hacemos.

Las preguntas que nos quemán surgen cuando la realidad de la vida nos impacta de alguna manera: un dolor, una buena noticia, una decisión que se nos impone tomar... Siempre nos planteamos «¿esto por qué?, ¿para qué?». ¿Que cuándo tomé yo conciencia de que era urgente encontrar respuestas? Cuando mi hermano pequeño murió.

Aun así, no creas que pongo el dolor como único detonante para enfrentarse a la vida. Éste es mi camino, el tuyo será otro. ¿Recuerdas uno de esos momentos en los que una conversación con un colega, o el descubrimiento de algo pequeño pero urgente para ese día o la casualidad que intuyes pensada por alguien te han hecho sobrecogerte? ¿Has sentido en alguna ocasión tu propia pequeñez al contemplar el cielo estrellado de una noche ruidosa de verano? ¿Te has enamorado, Ignacio? ¿Qué me dices de eso?

Al cruzarnos con lo más bello (trenzado, tantas veces, en lo cotidiano), también nos surge la pregunta: y yo, ¿quién soy yo?, ¿quién es ese que se admira por la vida? Yo soy pregunta, soy deseo. Y deseo la felicidad (¡con todas mis fuerzas!), deseo la belleza, deseo que se haga justicia, deseo que las cosas sean de verdad, que lo bueno sea para siempre, deseo que me quieran (que me quieran siempre aunque haga las cosas mal), deseo querer... En definitiva, deseo encontrar la respuesta de mi vida, para que esto no sea, como dice un personaje de Shakespeare, «estrucendo y furia, y la nada...».¹

Recuerdo ahora cuando el otro día, en un momento de la conversación en que yo te exigía que pusieras palabras a tu anhelo, tú me contestaste con un verso de José Hierro:

*Quisiera que tú me entendieras a mí sin palabras.
Sin palabras hablarte, lo mismo que se habla mi gente...*

Ignacio, ahora soy yo quien no tiene más palabras que las del mismo poema que me proponías:

*Me preguntas, amigo, y no sé qué respuesta he de darte.
Hace ya mucho tiempo aprendí hondas razones que tú
[no comprendes.
Revelarlas quisiera, poniendo en mis ojos el sol invisible.
(...)
Si ahora yo te dijera que había que andar por ciudades
[perdidas
y llorar en sus calles oscuras sintiéndose débil...²*

Sólo sé que mi razón es mucho más amplia que las palabras que os dictaba en clase; que esa razón está hecha como la tuya, de intelecto y corazón; que, como tú, anhele una compañía fiel, un abrazo verdadero, ser paz en lo más profundo.

Nada de esto es un juego, ni es pura teoría. De hecho, si lo piensas, ¿qué ha sido o es tu vida si no respondes a todo esto?

«Lo confieso, yo no he vivido y no vivo la falta de fe con la desesperación de un Guerriero, de un Prezzolini (...). Sin embargo, siempre la he sentido y la siento como una profunda injusticia que priva a mi vida, ahora que ha llegado al momento de rendir cuentas, de cualquier sentido. Si mi destino es cerrar los ojos sin haber sabido de dónde vengo, adónde voy y qué he venido a hacer aquí, más me valía no haberlos abierto nunca. Espero que el cardenal Martini no tome esta confesión mía por una impertinencia. Al menos en mi propósito, no es más que la declaración de un fracaso.»³

Sabes de quién son estas palabras. Muchas veces os las he dicho en clase. Cualquiera que tome su vida en serio podría firmar esta afirmación de Montanelli, hombre de un enorme éxito en su carrera periodística. Pero firmar eso hace temblar la mano del alma. Nuestra búsqueda, tomada en serio, conlleva este riesgo. No es ninguna banalidad. Nadie desea atravesar el campo de batalla de la vida y no encontrar nada al final.

Estarás de acuerdo conmigo en que si la pregunta mira al Infinito, la respuesta no puede ser limitada. A preguntas últimas sólo caben respuestas últimas; y son preguntas últimas porque no hay ninguna más allá de ellas. Buscamos el sentido de todo, de la vida, de la muerte, del amor, del sufrimiento, del trabajo, de la soledad... Podemos dar respuestas parciales, que solucionen más o menos la cuestión, pero lo que nuestro corazón de verdad anhela es un sentido que ilumine todo, vida y muerte.

Libres para huir o para afrontar

Sin embargo, el telar de nuestra vida tiene muchos hilos, y no todos van ordenados en la lanzadera. A veces, el hilo de la libertad viene a complicar el dibujo final, aunque es cierto que, sin él, nada tendría color. Todos los telares estarían determinados por la misma mano. Esta libertad hace que cada uno pueda situarse como quiera ante esta búsqueda, ante las respuestas que vayan apareciendo. Puedes escuchar, o taparte los oídos, o hacer como si no pasara nada, pasar de todo...

Desde la tarima en clase se aprecia bien esto que te digo: esos ojos que nada preguntan porque sólo esperan el timbre de salida... esos ojos han huido, ese alumno ya está rendido ante la vida. Aunque no lo sepa, ese alumno ya ha descubierto que la existencia, su existencia, es insondable y ha decidido rendirse ante ella. Nunca te lo he dicho, pero gracias. Gracias, porque tu frente siempre se ha levantado hacia mí como una

profunda interrogación a la espera de que suene la palabra del maestro... Sólo confío en no haber dimitido arrastrado por el vértigo, ese vértigo que acomete cuando se está solo, en un plano más alto, del silencio del aula.⁴

Lo paradójico es que hemos nacido con una sed que no hemos elegido, si bien es cierto que somos libres para hacer lo que queramos con ella, afrontarla o ignorarla, saciarla definitivamente o a ratos. Por tanto, podemos no buscar el sentido, aunque es una opción difícil puesto que el corazón nos grita otra cosa.

En todo caso, Ignacio, no siempre somos tan evidentes. Podemos ser sofisticados a la hora de huir, y mirar de reajo la realidad. Hay distracciones, que en verdad son huidas sutiles, y hay también tímidas preguntas que son máscaras de la auténtica búsqueda de sentido. Especialmente hoy, cuando lo urgente parece ganar siempre la partida a lo importante, y si alguien intenta cambiar de rumbo, es considerado como un sibarita. Muchas veces la hiperactividad es una «honrosa» forma de eludir el encuentro con uno mismo y con la vida. Te lo dice alguien que lleva años enfrascado en lo que, según me parecía, era «lo urgente» del mundo.

El impulso profundo que nos empuja a buscar el porqué de lo que nos pasa es algo que está ahí, un deseo, un anhelo de algo más. Reprimirlo, ignorarlo, «distraerse» y dejarlo sin resolver no puede ser sino huir de él, o más bien, de nosotros mismos. Hacía años luchábamos contra la censura que imponía el poder, pero nunca nos paramos a ver que la censura que más daño nos hacía era la que nos provocábamos nosotros, la de nuestra propia humanidad, aquella que arrancaba de

cuajo nuestras inquietudes. Espero, yo también, que este viaje que acabo de emprender me quite los paracaídas que he ido abriendo ante el vértigo sin darme cuenta.

El instinto de mirar hacia arriba

Tu juventud me obliga a recordar la mía. Y «a recordar cosas que olvidar quisiera», como diría un poeta... pero fue en ese momento que te mencioné antes cuando intuí que estamos hechos para algo más grande que nosotros mismos y tenemos plena libertad para buscarlo. Me di cuenta de que para preguntarse acerca del sentido de la existencia había que empezar por mirar al cielo. Sin importar la idea que se tenga de lo que puede haber allí. ¿Dónde podría, si no, volver a abrazar a mi hermano?

Ahora estoy en una ciudad a miles de kilómetros de casa. Y experimento lo estudiado: cada uno, cada ser humano, con las palabras de su época, con su formación, desde su cultura y coordenadas en el mapa, cada hombre a lo largo de la historia ha expresado, de una forma u otra, su sentido religioso. Tiene que haber un bloqueo hondo para no reconocer esta tendencia, algún prejuicio ideológico o una herida en el alma.

Una simple mirada a la historia antigua me mostró con claridad cómo en distintas partes de la Tierra, marcadas por culturas diferentes, han brotado al mismo tiempo las preguntas religiosas que caracterizan la existencia humana: ¿quién soy?, ¿de dónde vengo y adónde voy?, ¿por qué existe el mal?, ¿qué hay después de esta vida? Estas preguntas se encuentran en los

escritos sagrados de Israel, pero están también en los escritos de Confucio y Lao-Tsé y en la predicación de los Tirthankara y de Buda; asimismo se hallan en los poemas de Homero y en las tragedias de Eurípides y Sófocles, así como en los tratados filosóficos de Platón y Aristóteles. De la respuesta que cada uno dio a tales preguntas, en efecto, dependió la orientación que le dieron a su existencia.

No todos tienen de Dios una idea exacta pero prácticamente todos afirman que existe. Yo también tuve esta certeza en un momento de mi vida. Y desde ella te hablo.

La pregunta que tú me lanzabas (desnuda de ironía) en nuestra última conversación me ha dado que pensar: «Y si Dios existe, ¿qué?». ¡Fantástica tu agudeza! Efectivamente, o su divinidad hace por acercarse al hombre, o este puñado de inquietudes e intuiciones que es el ser humano no llegará a Él ni por asomo... Podríamos pensar: «¿No debería ese Dios ser capaz de intervenir en la historia humana a nuestro favor y darnos esas respuestas últimas? Si no pudiese, ¿qué Dios sería?». No parece lógico pensar en un Dios que ignore las respuestas que necesita el hombre. Nada tendría sentido. Si somos una creación suya, ¿nos creó para nada y con el hambre de algo que no existe? Si lo piensas, la pregunta que mejor se corresponde con las cuestiones que piden nuestra cabeza y nuestro corazón es: *¿existe el Dios que interviene en las cosas de los hombres?*

Te tengo que dejar. Te escribo desde la calle, hace mucho frío y la luz del sol se ha ido. Siento dejarte con la pregunta, pero ésa es la vida: una pregunta, y el tiempo que se nos regale para

responderla... Creo que tu nombre ya te indica el camino.
«Ignacio» significa *ardiente*, aquel que se apasiona por la meta,
por la verdad... Tienes todo el impulso por descubrirla.

Prepara muy bien los exámenes.

Un abrazo,

Tu viejo profesor

2. ¿El cristianismo como respuesta?

Camino de São Paulo, Brasil, 15 de febrero de 2011

Querido Ignacio:

Siento haberte dejado tanto tiempo con la pregunta, pero conociéndote, sé que no la habrás dejado en el cajón olvidada... ¡te habrás ido de copas con ella!

¿Qué tal los exámenes? Ahora que tendrás un poco más de tiempo, escíbeme para saber cómo te fue.

En Nueva York no he parado. Parece que esto que digo es una evidencia, ¿cómo pararte en esta ciudad? Y en el caso de que llegues a conseguirlo, ¿cómo sobrevivir a los que no lo hacen? Fuera de bromas, ha sido un mes muy interesante. He podido ver a algunos colegas de quienes no sabía desde hacía tiempo. Poner en común ideas, lecturas, ¡un vaso de whisky!... Los amigos con los que uno ha descubierto algo importante para su vida, Ignacio, no se olvidan nunca, y es tan necesario volver a ellos como coger aire para respirar.

Ahora estoy llegando en tren a São Paulo, Brasil. Viajar en tren es volver a tomar conciencia de que, a veces, el viaje en sí ya tiene mucho de meta.

¿Dónde lo habíamos dejado? Ah, sí... *¿existe el Dios que interviene en las cosas de los hombres?*

Mira, Ignacio, las religiones no son sino la propuesta de una búsqueda concreta del sentido último de nuestra vida. Como dijimos, esta búsqueda del hombre es inherente a su naturaleza. Por ello la historia de las religiones es tan antigua como la existencia humana.

Ahora se nos abre un abanico enorme de posibilidades. Seré honesto. Te voy a proponer una concreta: el cristianismo.

No hace falta que espere a tu carta para imaginarme un enorme «¿POR QUÉ?» pronunciado con esa rotundidad que te caracteriza cuando no estás dispuesto a dar nada por sabido (¡bravo por ello!).

La razón que te voy a dar parte de la experiencia. Yo ya abrí el abanico entero. Esta afirmación no pretende ahorrarte nada del camino, sólo un tramo falso del mismo. (Ignacio, «somos enanos a hombros de gigantes»... permitirse a uno mismo que le aúpen no es falta de rigor, sino conciencia del límite y necesidad de confianza.)

Bien, ¿cómo comenzar? Me estás haciendo volver a pasos dados para asentar mejor las huellas. Gracias.

Había muerto mi hermano y yo estaba muy enfadado. Él no se merecía morir. Nadie de los que quiero merece morir, pero él menos. Y yo sólo deseaba ir en su busca. Fue un tiempo difícil.

En ese momento, un solo pensamiento: la vida no puede ser esto. Y, como flores, las propuestas religiosas en las que nunca había reparado se abrían a mi paso. Me metí

a estudiar todas con ansia de saber cómo podría solucionar yo ese abismo, ese foso que me separaba de mi hermano. Sin embargo, en el estudio no encontraba la respuesta. Eso no era vida, sino una enumeración de dogmas, de costumbres, de dichos... Como un catálogo de disfraces para enfrentarse al Misterio. Y de pronto conocí a Agustín.

No me había metido a estudiar la fe católica porque era la de mi entorno, me parecía conocerla bien... y no me interesaba. Aun así, la vida de Agustín me interpelaba. No pretendía resolverme mi cuestión, ni disimulaba su falta de respuesta, pero su forma de vivir y su evangelio tenían algo que ver con lo que a mí me ocurría. Él repetía una y otra vez que su religión consistía en un encuentro con Cristo. Así es como me surgió una pregunta que nunca me había hecho, y cuya respuesta cambió mi vida por completo: ¿quién era ese tal Jesús de Nazaret?

Entonces, comenzó la búsqueda. Y los descubrimientos que hice en su momento te los cuento a ti ahora.

En las religiones de politeísmo mitológico existen narraciones de «apariciones» de un dios en forma humana, como en las historias mitológicas de Zeus (o Júpiter), el padre de los dioses grecolatinos, deambulando por la Tierra y aun mezclándose algunas veces entre los hombres en diversas acciones. Seguramente los dioses mitológicos y sus hazañas provinieron de la veneración creada hacia hombres de extraordinario valor humano, caudillos o héroes de pueblos antiguos. En estos casos no existe noticia ninguna de que ellos mismos hubiesen pretendido el honor divino y la adoración, sino que los pueblos los alzaron a sus altares por su gloriosa

memoria. Entre los romanos, pueblo singularmente civilizado en el sentido moderno de la palabra, fueron elevados a la categoría de los dioses Julio César y especialmente Augusto, creador del Imperio. Celso, en su ataque anticristiano, recuerda que «los antiguos mitos atribuyeron origen divino a Perseo, a Anfión, a Eaco y Minos», y también «a los Dióscuros, a Heracles, a Asclepio y Dioniso, que fueron primero hombres», así como la divinización de otros muertos con violencia. Pero en todos estos casos míticos —cuyos orígenes bien pueden haber sido humanos en los héroes u hombres grandes antiguos—, no fueron ellos mismos quienes se autoproclamaron dioses, sino que al cabo del tiempo sus descendientes los divinizaron. En estos casos, la divinización alcanza a elevarlos al rango de inmortales en el Olimpo celeste, asemejándose en algo más bien a dioses secundarios o santos que al mismo Dios.

También vemos en las religiones primitivas fenómenos o misterios naturales elevados a la categoría de mitología. El animismo y el monismo llenan el mundo de espíritus de muertos y antepasados. Lo mismo podemos decir que sucede con la gran religión egipcia y el culto de Osiris-Isis, o en el Japón con Amaterasu. Sin embargo, ninguna de estas divinidades adquiere el carácter histórico de hombres reales cuya vida terrena sea conocida, y mucho menos presentan sus propias acciones y palabras.

En la historia de las religiones, con todo, existen algunos grandes hombres históricos, cuyas vidas pueden situarse en el tiempo, y cuyas palabras, incluso escritos, pueden recogerse. Son los grandes fundadores de religiones existentes o desaparecidas. Sus nombres son: Moisés, organizador (con

Abraham) de la religión del pueblo hebreo, que vivió en el siglo XIII a.C.; Lao-Tsé y Kung-Fu-Tsé (Confucio), que vivieron en China en el siglo VI a.C. y dieron origen a la religión filosófica del Tao el primero, y a la organización de la religión del Estado en forma moral y familiar el segundo; Buda, cuyo nombre era Siddharta Gautama o Sakyamuni, el creador del budismo que vivió en la India en el siglo VI-V a.C.; y en Persia, Zoroastro (o Zarathustra) fue el organizador religioso de la antigua religión de los persas. Posteriores a Jesús en el tiempo hallamos otros dos hombres, cuya historia es conocida: Maní en Persia en el siglo II d.C., y el otro de enorme influjo hasta hoy, Mahoma, organizador de la religión del Islam en el siglo VII d.C.

En cualquier caso, ninguno de ellos ha pretendido que se le considerase como un dios, aunque posteriormente a su vida y muerte se haya dado culto a imágenes de algunos de ellos en los altares, como ha sucedido en especial con Buda en los países donde se ha establecido su enseñanza.

¿Dónde se sitúa, entonces, Jesús de Nazaret en este mapa? Porque como afirma Benedicto XVI, «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva».⁵ Y esa persona es Jesús de Nazaret. El único hombre conocido en la historia a quien se atribuyen palabras propias que reclaman para sí la fe que corresponde a Dios. Es un caso enteramente singular en la historia de la humanidad. Esto mismo hace de él un problema histórico, humano y religioso de enorme alcance. Fue precisamente esta «pretensión» la que le llevó a la muerte.

Y paradójicamente, esta pretensión es la que ha rescatado a muchos del absurdo. Yo soy uno de ellos. Desde esa experiencia, pero también desde mi inquietud constante, te hablo.

El cristianismo: una relación personal con Dios

Ante este abismo que se abría ante mí, no dejé ni un solo momento de intentar confrontar todo lo que veía con mis estudios, con mis ideas, con las enseñanzas de otros... aunque algo se quedaba corto. Sólo metiéndome de lleno en la forma de vivir que tenían esos cristianos podía ver más allá.

Entonces entendí que había cosas en la vida que no se aprendían en los libros, y que una de ellas era encontrar el sentido de mi vida. No podía pretender hallar el sentido de lo que yo era como si de una ecuación matemática se tratara. No podía —y esto me dolía aún más— descubrir por qué había muerto mi hermano como si trabajara en una certeza empírica. Sólo en compañía de estas personas que se llamaban cristianos conseguía encontrar un poco de paz, pero esa paz no se hallaba, como me había pasado en otros intentos de búsqueda, en la censura de mis sentidos, en la negación de mi angustia. No. Se hallaba en la respuesta que me daba Otro aceptándome como era y como estaba en ese momento. La respuesta se hallaba en este Jesús de Nazaret.

Ése, de hecho, era el único secreto de los cristianos. No su perfección moral o su virtud, sino que se habían fiado de esa

persona que vivió hace dos mil años, de tal manera que Jesús de Nazaret se hacía presente entre ellos. Gracias a ellos descubrí que el cristianismo que «hiere» no es una teoría religiosa, sino la presencia de hombres y mujeres concretos. Simplemente, no hay más, no hay truco. Parece sencillo. ¿Sabes quién lo vivió con intensidad, Ignacio? Tu amigo Camus, como afirma en *El primer hombre*: «Hay seres que justifican el mundo, que ayudan a vivir con su sola presencia».⁶ Esa presencia amiga es más que un «argumento persuasivo», es una llamada de mucho peso a la cabeza y al corazón.

Si no le buscas en serio, no le comprenderás

Y yo te pregunto (porque ya me lo he preguntado antes yo), ¿podría una humanidad como ésta, que despierta en ti y en mí algo tan especial e importante, vivir en tan gran error si Cristo no fuera verdad?

Lo sabes por tu propia experiencia, Ignacio. Para poder comprender de verdad a una persona y hacer un juicio acertado que te posicione con respecto a ella, para aceptarla en amistad o ponerla aparte de nuestro mundo, es necesario comprender cómo se manifiesta esa persona, en sus palabras y en sus actos, en lo que dice de sí misma. Esto es válido para cualquier hombre o mujer. Una vez que comprendes lo que es y lo que ofrece a vuestra amistad, puedes decir si el juicio era acertado, si era lo que parecía, si esa amistad cumple lo que prometía. Y así es como nacen y maduran el amor, la amistad y también la fe.

Pues bien, éste fue mi recorrido con Jesús de Nazaret. Lo primero que leí de Él (ya en serio, no como frase hecha ni desde mi atalaya intelectual) fue: «Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no camina en tinieblas» (Jn 8, 12).⁷ Intuí que, de una manera misteriosa, esas palabras llegaban hasta mí, eran para mí. Me parecía que Jesús hablaba de la vida muy en serio, de *mi* vida. Luego pude descubrir que no sólo fue ésa su pretensión, sino que la ratificó con la entrega total de sí, hasta la muerte, haciendo ver la seriedad y honestidad de su ofrecimiento.

Yo no entendí nada de esto hasta que dejé de hacer teorías del cristianismo y me pregunté si tenía algo que ver con mi propia vida. Si te acercas al personaje de Jesús con simple curiosidad, sin poner nada personal en juego, te colocarás en una postura que te imposibilita conocerlo de verdad; desde ese ángulo, Ignacio, cualquier juicio o posición que tomes será superficial. Para comprender la pretensión de Jesús el nazareno y poder juzgarla, debes tomar tu propia vida en serio, buscar de verdad su sentido, porque de eso es de lo que Él habla, y lo que nos ofrece a todos, con sus palabras y con su vida.

El tren está llegando a la estación. Piensa en esto por favor. Te escribo pronto.

Un abrazo,

Tu viejo profesor

3. Jesús de Nazaret, ¿mito, reliquia o verdad?

El Cairo, 19 de marzo de 2011

Querido Ignacio:

En unas horas visitaré la Gran Pirámide de Khufu. 4.500 años después de su construcción sigue siendo uno de los monumentos más grandes edificado por la mano del hombre. Reconozco que lo que más me impresiona no es su dimensión, sino la mía junto a ella.

Y ahora me dirás que aprovecho todo para hacer metáforas (es pura deformación —o formación— profesional)... y sí, esta comparación me viene muy bien para seguir con aquello que apuntabas en tu carta. «No es posible —me decías— que algo tan extraordinario como que Dios se haya acercado al hombre sea real. ¿No será que nuestro deseo e imposibilidad de entender la vida ha construido esa realidad? No parece racional que lo divino se revele en lo humano». Efectivamente. Menos de dos metros de hombre frente a los 145 de la pirámide...

Bueno, tenemos que ir por partes. La dimensión del Misterio no impide que podamos acercarnos con una razón

amplia a la cuestión. Lo primero que debemos hacer es ver si la pretensión que tuvo Jesús de Nazaret de ser el Dios hecho hombre es histórica, es decir, si Él dijo y creyó lo que los escritos que nos llegan de Él afirman que dijo. Porque si Jesús de Nazaret no tuvo esa pretensión, si esa pretensión sólo es nuestra y Él no la asumió, entonces todo es insostenible, pura alegoría humana.

¿Por dónde empezamos? Por los documentos que tenemos: el Nuevo Testamento. Son los relatos que nos narran la vida de Jesús, lo que hizo y dijo en su paso por este mundo. Muchas personas no aceptan el valor histórico de estos textos, ya que tienen un contenido verdaderamente extraordinario en las enseñanzas de vida y en algunos hechos referidos. Una de esas personas era yo. Mi mirada de la ciencia y del hombre me hacía incapaz de creer que esto hubiera sucedido. Luego, mientras mi vida pasaba, me di cuenta de que otras muchas cosas ocurren a nuestro alrededor; otras muchas cosas que también son extraordinarias, que forman parte del mismo Misterio y que tampoco puedo explicar con esa mirada científica. Pero es verdad que si lo que cuentan no sucedió, su contenido es pura creación literaria, y por tanto no es algo acontecido en la historia que pretenda tener algo que ver con tu vida y con la mía.

Por eso te propongo que nos detengamos un instante en las fuentes que nos permiten conocer la historicidad de la vida de Jesús de Nazaret y de su pretensión de ser Dios con nosotros. Para mí esto fue todo un descubrimiento, Ignacio, porque yo había juzgado durante mucho tiempo la fe católica como una especie de folclore bañado de superstición. Y, sin

embargo, me enseñaron que los documentos que manejaban tenían rigor histórico.

Bueno, el autobús va más deprisa de lo que yo imaginaba, y antes de llegar a Giza quiero hacerte un resumen de los documentos de que disponemos para ver si Jesús de Nazaret y su extraordinaria vida son reales, es decir, se dieron en un momento concreto de la historia.

Empiezo por aquellas fuentes no cristianas que mencionan a Jesús. La más importante es un historiador judío, Flavio Josefo, que escribió en torno al año 93 las *Antigüedades judaicas*, una historia de Israel de modo que pudiera ser comprendida desde Roma. En ella cita dos veces a Jesús y lo que nos transmite concuerda con algunos de los aspectos más importantes que nos transmiten los Evangelios: admirado por la gente y seguido por muchos, realizó milagros; muerto en cruz condenado por Pilato, sus seguidores siguen presentes en el momento de escribir la obra. Hay otros escritores antiguos que también mencionan a Jesús: Mara Bar Serapión, Tácito (56-120), Plinio el Joven (ca. 111), Suetonio (ca. 120) y Luciano de Samosata (ca. 115-120). Es cierto que no son muchos, pero me parecen suficientes indicios: todos ellos estaban fuera de la Iglesia y nada les aportaba el «inventarse» la existencia histórica de Jesús.

La historicidad del Nuevo Testamento

Ahora vamos con el Nuevo Testamento. La clave para confiar en la historicidad de un documento es el tiempo que separa

su escritura de los hechos. Los historiadores reconocen que un escrito es histórico en una antigüedad de dos generaciones, 70-80 años. En ese lapso de tiempo nadie puede inventarse un gran acontecimiento, ni religioso ni de ningún tipo, y conseguir que la mentira se implante. Los expertos se apoyan en dos razones:

a) En esas dos generaciones hay testigos vivos que desmentirían el invento, haciendo imposible que la fábula se instalase en la memoria colectiva.

b) Supuesto el intento de forjar una leyenda, quedarían rastros de la controversia entre los fabricantes de la misma y los muchos que no vieron lo que aquéllos pretenden hacer creer.

Los discípulos de cualquier maestro son los primeros interesados en que su memoria se conserve intacta, porque fue eso lo que les convenció. Les preocupa sobremanera que no se añada ni se quite nada a su figura, y este interés es máximo en las primeras generaciones posteriores a la vida del maestro. ¿Crees que algún seguidor de Gandhi permitiría hoy que se le divinizara?

La vida de Jesús de Nazaret, sus palabras y obras, y la vida de sus seguidores se recogen en lo que conocemos como Nuevo Testamento. En él se escribe que cinco, quince, veinte o treinta años atrás, un joven maestro judío de personalidad excepcional mostró una nueva mirada sobre Dios y sobre la vida humana que cautivó a muchos, que se hacía pasar por Dios y por eso fue crucificado, muerto y sepultado, aunque resucitó y subió al cielo. Por

otro lado, figura que ese personaje vivió en un tiempo, espacio y circunstancias conocidos, y que fue tratado por las autoridades públicas conocidas por todos, así como por parientes y conocidos aún vivos cuando se escribió el Nuevo Testamento. La credibilidad de esto es lo que nos interesa aclarar.

Bien, entonces, ¿cuáles son los documentos más antiguos del Nuevo Testamento? Las cartas de Pablo, de ahí su gran valor como fuente histórica. Las cartas paulinas seguramente fueron escritas en la década 50-60 (1Co, 2Co, Rom, Gál, Flp, Col, Ef). Su pensamiento está ya formado cuando las escribe: Jesús de Nazaret es el Cristo, el Señor de la historia y el que murió y resucitó por nosotros. Pablo usa conceptos cristológicos que no explica porque supone comunidades capaces de entenderlos. Fácilmente podemos concluir que si Pablo fuera el autor de estos conceptos, los acompañaría de las explicaciones pertinentes porque ¿quién escribe para que no le entiendan? Es así como constatamos que existen unos conceptos arraigados en las comunidades cristianas previos a los veinte años tras la muerte de Jesús. Habría precedido el tiempo y el esfuerzo necesarios para empezar a enseñarlos, explicarlos y repetirlos, hasta poder fijarlos como términos de uso común en unas cartas como las de Pablo.

Hay otro hecho relevante: Pablo usa textos escritos antes de que él escribiera sus cartas, cita escritos que circulan en las comunidades. Esto hace que en el epistolario paulino podamos encontrar fuentes de un valor histórico incalculable por su cercanía al hecho de Jesucristo. Queda claro un dato:

muerto Jesús en el año 30, Pablo escribe en la década de los 50 con la certeza de un Cristo divino y salvador de todos con su muerte y resurrección.

Esta fuente fiable, como bien habrás entendido, Ignacio, no prueba la verdad de la pretensión de Jesús ni su condición de Dios hecho hombre. Esta convicción sólo podemos tenerla desde la fe, es decir, desde ese acontecimiento en tu vida que te haya hecho caer en la cuenta de que esto verdaderamente va contigo. Sin embargo, eso no se consigue escudriñando documentos. Ahora bien, sí queda claro que la persona de Jesús existió en realidad, y que su pretensión llega a nosotros desde el centro de la historia.

Cuando llegué a esta conclusión en mi vida, fui consciente de una enorme paradoja: la hipótesis del cristianismo como una leyenda sin sustrato histórico parece muy racional porque evita a la razón afrontar un misterio que tiene delante, pero dicha hipótesis no resiste la prueba de la historia, es decir, es menos razonable. Aunque donde encontramos realmente la dificultad no es en su existencia histórica, sino en la historicidad de su pretensión. Negar que en la mente y el corazón de Jesús de Nazaret existió la pretensión de ser Dios para nosotros y afirmar que pocos años después alguien —Pablo o unas comunidades anónimas— la puso en sus labios y consiguió engañar a todos es una credulidad mayor que una fe que asiente ante unos datos históricos que abren al Misterio de una presencia que supera la razón sin anularla en ningún momento.

Los evangelios y sus fuentes

En cuanto a los evangelios, los actuales son una traducción o una segunda edición modificada de unos originales, redactados entre finales de los 60 y la década de los 90. Pues bien, los evangelios también usan fuentes que fueron escritas entre diez y cincuenta años después de los acontecimientos narrados, principalmente los relatos de la pasión, que se remontan a los primeros diez años de cristianismo. Lo sucedido se narró en menos de dos generaciones, y de hecho, es después de los años 90 cuando empiezan los evangelios apócrifos y otros escritos, con añadidos fantásticos y copias de otras religiones (los apócrifos gnósticos).

«Ahora bien, los estudios de este último siglo y medio han dejado fuera de duda las fuentes que utilizó Lucas para componer su evangelio, identificadas como la fuente Q, el Evangelio de Marcos y otras fuentes propias. Estas fuentes debieron existir ya en griego en la década del 40 al 50. Pero sometiendo estas fuentes a un concienzudo estudio de filología bilingüe, queda fuera de toda duda el dato de que las tres fuentes que utilizó para el ministerio público, pasión y resurrección fueron compuestas en arameo. Todas ellas, por tanto, debieron nacer para cristianos de habla aramea, es decir, de Palestina o regiones cercanas en las que ciertos moradores no habían asimilado aún la lengua griega. Por tanto, es necesario concluir que los originales semíticos de las fuentes de Lucas se escribieron en la primera década después de la muerte de Jesús, del 30 al 40.»⁸

Por otro lado, suponer que en un ambiente hebreo un hombre haya sido cambiado por Yahvé y como tal adorado, y además no al final de una larga serie de generaciones, sino pocos años después de su muerte infamante, significa no conocer nada de los judíos. En muchas zonas del Imperio, deificar una criatura particular podía ser algo simple, pero en una nación era del todo imposible: entre los judíos. Ellos adoraban a Yahvé, el único Dios, cuya figura no se representaba, y ni siquiera su nombre se pronunciaba. Asociar a Yahvé un hombre, quienquiera que fuese, era el máximo sacrilegio; de hecho, sigue siéndolo.

Los evangelios no son una biografía de Jesús

Al insistir en la historicidad de los textos no te estoy queriendo decir que sean historia en el sentido moderno de la palabra, Ignacio. No son textos biográficos, son históricos. Pueden carecer de exactitud histórica, pero no de realidad histórica. Esto lo hemos visto muchas veces en clase.

Una biografía moderna tiene sus propias exigencias acerca de la vida del biografiado: precisión cronológica, documentación de los hechos y ambientación cultural y social en que transcurre la vida del personaje. Los evangelios carecen de estos elementos esenciales en una biografía moderna. Está ausente prácticamente toda la infancia, adolescencia y juventud de Jesús; les falta información sobre personajes relevantes que aparecen en el relato, como Herodes, Pilato, Caifás o Juan

Bautista; es escasa o nula la información sobre la situación social y religiosa de Palestina; su contenido parece formado por la unión de episodios diferentes, de los cuales solo un pequeño número queda localizado temporal y geográficamente. No son descripciones meticulosas de lo que Jesús dijo e hizo, por lo que no pasarían el examen de una biografía según criterios actuales.

Se trata, sin duda, de una literatura especial, tanto por la excepcionalidad del personaje principal como por la intención que tuvieron los autores al escribir estos libros. Estas características condicionan la forma del relato, pero no se oponen a la validez histórica del mismo. Es importante que veas esto para evitar confusiones, para que podamos seguir construyendo el diálogo. También te hago un aviso para navegantes: mostrar la historicidad de esta pretensión de Jesucristo no significa mostrar la verdad de la misma. Ese salto se da en el corazón y en la cabeza de cada uno.

¿Qué tiene que ver todo esto con mi vida, con la tuya, con esa sed de la que te hablaba desde Nueva York, la sed que todo hombre tiene de saber por qué está aquí?... Sé que llegarás a buen puerto si lo piensas, siempre y cuando lo hagas como siempre me has demostrado que lo haces: con una mirada amplia y profunda de la realidad, sin dar nada por sentado, pero sin que nada sea sospechoso de ser falso a priori.

¿Por qué, si efectivamente Dios decidió hablar al hombre hace dos mil años, no podrá llegar su eco hasta nosotros?

Ya hemos llegado. Ahora nos queda caminar algunas dunas para contemplar las pirámides de Giza... Creo que eso me

ayudará a entender mejor la importancia de la desproporción de esta obra con su autor: ¿cómo es posible que en mitad de la nada surgiera esto?

Tu viejo profesor

4. La inaudita pretensión de Jesús

Tokio, 7 de abril de 2011

Querido Ignacio:

He llegado al otro lado del mundo. Si mi objetivo era descubrir en esta travesía que todos los hombres de la Tierra tenemos un mismo deseo y una misma esperanza, ¡en esta tierra está el reto! Porque estos japoneses parecen custodiar algún secreto que no han compartido con el resto de la humanidad... como si su mirada fuera así de afilada y escurridiza porque la luz los cegara. Creo que me queda mucho por aprender y entender de esta parte del mundo.

Esto me ha llevado a preguntarme si esta experiencia de la que te hablaba —la experiencia de sentir que Dios tenía un puente a los hombres, que me echaba una mano a mí para sacarme del pozo en el que estaba— puede ser universal. ¿Puede llegar hasta este pueblo que parece tan distinto al mío? Intuyo, Ignacio, que la respuesta, nuevamente, no puede estar en un razonamiento teórico, en una tesis sociológica... sino en el objeto estudiado, en la pretensión de Jesús de Nazaret. Es decir, entiendo que la fuerza y la posibilidad

parten de ese que se dice Dios y no del esfuerzo del hombre. ¿Tú qué crees?

Me preguntabas qué había encontrado yo en el Evangelio que me diera pie a pensar que Jesús era, o quería ser, Dios. Pues te confieso que ésa fue una de las cosas que más golpeó mi razón. Como te conté, había estudiado muchas religiones, muchas posturas morales y místicas... me había metido de lleno en la vida de los grandes líderes espirituales para saber si ellos habían hallado el sentido del mal y del sufrimiento... y en este itinerario intelectual, jamás di con una figura que tuviera o mostrara tener una relación con Dios como Jesús de Nazaret. Te expongo algunos de esos retazos que a mí me sorprendieron cuando me los explicaron, para que puedas ver a qué me refero.

Jesús fue preparando a sus oyentes para que entendieran que en sus labios la palabra *Dios* y, en especial, la palabra *Padre* significaba algo nuevo. Al utilizar esta palabra para hablar de Dios, debía de causar admiración e incluso escandalizar a los que le escuchaban, porque decir *Abbá* es decir «padre mío», «papaíto», «papá».

En un texto de Jeremías se habla de que Dios espera que se le invoque como Padre: «Vosotros me diréis: ¡Padre mío!» (cfr. Jer 3, 19). Es como una profecía que se cumpliría en los tiempos mesiánicos. Jesús de Nazaret la ha hecho suya al hablar de sí mismo como de aquel que «conoce al Padre». Jesucristo, que «conoce al Padre» tan profundamente, ha venido para «dar a conocer su nombre a los hombres que el Padre le ha dado» (cfr. Jn 17, 6). Un momento singular de esta revelación del Padre lo constituye la respuesta que da Jesús a

sus discípulos cuando le piden: «Enseñanos a orar» (Lc 11, 1). Él les dicta entonces la oración que comienza con las palabras «Padre nuestro» (Mt 6, 9-13).

Dice Jesús hablando con los discípulos y con sus mismos adversarios: «Las obras que el Padre me ha concedido llevar a cabo, esas obras que hago dan testimonio de mí; que el Padre me ha enviado» (Jn 5, 36). Si le preguntáramos a Jesús por lo que le sostiene en la vida, respondería lo mismo que a sus discípulos: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra» (Jn 4, 34). Realmente, sólo quien se consideraba Hijo de Dios en un sentido propio podría decir esto de sí mismo y dirigirse así a Dios, como a un verdadero Padre.

En estas líneas que te acabo de escribir, ¿no te sorprende la familiaridad de Jesús con Dios? No te preguntas, como sus coetáneos: pero ¿quién es éste? Te confieso, Ignacio, que yo lo sigo haciendo. Y sigo preguntándome cada vez que leo un fragmento del Evangelio ¿quién es este que habla así de Dios, que dice cosas tan extraordinarias de forma tan sencilla? ¿Es posible que Dios sea realmente como Él dice que es, que esté tan cerca? ¿Tenemos ese Padre en el cielo y en la tierra? Jesús habla con sencillez y muy en serio de este Dios que puede dar razón de nuestra vida, que puede aclararnos por qué y para qué hemos nacido. Nos muestra a Dios como Padre para que le preguntemos como hijos, y quiere que la respuesta sea la experiencia de un Padre cercano.

Pero ¿cómo puedo yo transmitirte esto, Ignacio, salvo contándote mi experiencia? ¿Cómo podrías tú demostrarme el amor de tus padres, por ejemplo, o la confianza en una amis-

tad? Y eso, que sólo puedes mostrarme con lo que tú eres, ¿es menos real que la ciencia que hemos estudiado?

Jesús nos rescata de la culpabilidad que nos pesa

Pero para mí, lo más conmovedor en aquel instante de mi vida en el que me bebía los textos buscando una respuesta fue descubrir que ese Jesús perdonaba los pecados. ¿Qué era eso? Yo en un primer momento no quería hablar de pecado y mucho menos que me lo mencionaran otros. ¿Quién podía decirme a mí, *¡a mí!*, lo que estaba mal y lo que estaba bien? ¿Quién podía aconsejarme cómo debía comportarme si no había sufrido lo mismo que yo? Sin embargo, empecé a caer en la cuenta de que ese Jesús de Nazaret no hablaba de perfeccionamientos morales, de conductas loables... sino de esa oscuridad que a mí no me dejaba ni respirar. Estaba hablando de mi peso, estaba hablando de mi deseo de liberarme... Entonces fue cuando me empezó a interesar.

Precisamente es en esta afirmación cuando brilla con más claridad el poder que Jesús dice poseer, sin vacilación alguna. Éste es un ejemplo de lo que nos dice: «El Hijo del Hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados» (Mc 2, 10). Lo afirma en Cafarnaúm, cuando le llevan a un parálítico para que lo cure. Jesús le dice: «Hijo, tus pecados te son perdonados» (Mc 2, 5). Los escribas que estaban allí pensaban entre sí: «¿Por qué habla éste así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo uno, Dios?» (Mc 2, 7). Jesús, que leía en su interior, les responde: «¿Por qué pensáis

eso? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: tus pecados te son perdonados, o decir: levántate, coge la camilla y echa a andar? Pues para que comprendáis que el Hijo del Hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados (se dirige al paralítico), yo te digo: levántate, coge tu camilla y vete a tu casa» (Mc 2, 8-11). La gente que vio el milagro, llena de admiración, glorificó a Dios diciendo: «Nunca hemos visto una cosa igual» (Mc 2, 12).

Si te paras a pensar en el desarrollo de los hechos, el milagro de la curación aparece como la confirmación de la pretensión de Jesús. Por otro lado, no olvides el escándalo de algunos de los presentes, que se repetía siempre que Jesús hablaba del perdón de los pecados, como cuando estaba sentado a la mesa en casa del fariseo y le dijo a una mujer: «Han quedado perdonados tus pecados» (Lc 7, 48). La reacción de los comensales no se hizo esperar: «Comenzaron a decir entre ellos: ¿quién es este que hasta perdona pecados?» (Lc 7, 49).

El caso es que este pecado del que habla Jesús es el que a mí me interesaba. No aquel que yo había dibujado, no aquel del que me prevenían los demás, sino esta culpa honda, esta especie de ceguera que no me dejaba ver dónde y cómo llegar al bien de las cosas, de mi vida, y de la vida de los que quería... A este querer ser feliz a pesar de todo y no poder yo solo. Y Jesús de Nazaret parecía hablar de eso, parecía conocer la decepción profunda que yo tenía conmigo mismo, el muro que se levantaba a mi alrededor con todo aquello que no era capaz de cambiar.

No sé si has experimentado alguna vez esta soledad devastadora de la que te hablo, Ignacio, pero estoy seguro de

que en alguna ocasión te habrá costado mirarte al espejo por el dolor que has causado en alguien, o por el bien necesario y urgente que has dejado de hacer... y que en ese momento has deseado con todas tus fuerzas que alguien te dijera que podía enmendarlo, que podía llegar al bien de las cosas pasando por el mal que tú habías dejado; en definitiva, que tú no eras obstáculo para construir una vida bella. Y eso, Ignacio, experimentar *eso*, es ser salvado. Yo sólo lo he vivido tras conocer y creer en ese Cristo.

¿No es gracioso? He necesitado estar a miles de kilómetros para contarte algo que podía haberte contado cualquiera de los días en que terminábamos la clase y decidíamos seguir la lección al aire libre. Aun así, el viaje no es anecdótico y también a mí me está ayudando a entender mejor lo que me preguntabas, el anhelo profundo de tus palabras... y así, comprenderme mejor a mí mismo y la experiencia que yo podía ofrecerte.

Una invitación a definirnos frente a Él

Ya hemos hablado de la relación de Jesús con Dios y su pretensión de salvar al hombre de la culpa. Me gustaría que también repararas en la invitación explícita que hace Jesús a sus discípulos: ven y verás, sígueme, «Creed en Dios, creed también en mí» (Jn 14, 1). ¿Quién sino Dios puede hacer una interpelación tan radical?

Por una parte, Jesús pide esa fe; por otra, vemos hombres que lo siguen, y aún más, algunos de ellos lo dejan todo para

ir tras Él. Pensemos en los casos de los que nos han dejado noticia los evangelistas: «Otro que era de los discípulos le dijo: Señor, déjame ir primero a enterrar a mi padre; Jesús le replicó: tú sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos» (Mt 8, 21-22), forma drástica de decir: déjalo todo inmediatamente por mí. En otra ocasión, al pasar junto a la mesa de los impuestos, dijo y casi impuso a Mateo: «Sígueme. Él se levantó y lo siguió» (Mt 9, 9).

Seguir a Jesús significa muchas veces no sólo dejar las ocupaciones y romper los lazos que hay en el mundo, sino también distanciarse de la agitación en que te encuentras e incluso dar de tus propios bienes a los pobres. Muchos no se limitan a aceptar el «sígueme», sino que, como Felipe de Betsaida, sienten la necesidad de comunicar a los demás su convicción de haber encontrado al Mesías (Jn 1, 43).

No cabe duda de que Pedro y los apóstoles comprenden y aceptan la llamada de Jesús como una donación total de sí y de sus cosas para la causa del anuncio del reino de Dios. Jesús se ha entregado a ellos, la respuesta justa es seguirle. Ellos mismos recordarán a Jesús por boca de Pedro: «Ya ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido» (Mt 19, 27). Y el mismo Jesús responde a Pedro con toda firmeza: «En verdad os digo que no hay nadie que haya dejado casa o mujer o hermanos o padres o hijos por el reino de Dios, que no reciba mucho más en el tiempo presente y en la edad venidera vida eterna» (Lc 18, 29-30).

Tampoco hay lugar para el engaño, Ignacio: Jesús no esconde a nadie que su seguimiento requiere sacrificio, a veces incluso el sacrificio supremo. En efecto, dice a sus discípulos:

«El que quiera venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Porque quien quiera salvar su vida la perderá; pero el que la pierda por mí la encontrará...» (Mt 16, 24-25). Marcos subraya que Jesús había convocado con los discípulos también a la multitud, y habló a todos de la renuncia que pide a quien desee seguirlo, de cargar con la cruz y de perder la vida «por mí y por el Evangelio» (Mc 8, 34-35). Sin embargo, al mismo tiempo Jesús proclama la bienaventuranza de los que son perseguidos «por causa del Hijo del Hombre» (Lc 6, 22): «Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo» (Mt 5, 12).

¿Quién es este que hace propuestas tan extremas, pero a la vez tan cercanas a lo que espera el corazón del hombre? Sólo un Hijo del Hombre que tenía la conciencia de ser Hijo de Dios podía hablar así. En este sentido lo entendieron los apóstoles y los discípulos que nos transmitieron su revelación y su mensaje. Y en este sentido lo entendí yo. Me preguntaba sin descanso: ¿quién es este que pide ponerse como centro de mi vida y que lo siga, que me brinda una relación tan especial con Dios, que me ofrece una compañía como ésta?

Te paso el relevo, Ignacio. No buscar es renunciar a vivir. Y dar por respuesta un prejuicio es no haber entrado siquiera a la batalla. Busca tu propia respuesta a todo esto, sea la que sea, pero la tuya.

Tu viejo profesor

5. ¿Es razonable creer esto?

Sídney, 18 de mayo de 2011

Querido Ignacio:

El viaje continúa y yo lo hago con el peso de tus preguntas. Tu última carta parecía un cuestionario existencial. Sigues tomándote la vida en serio. Ni una sola de tus interpelaciones era retórica, todas miraban con ojos de espera... pero yo no soy la respuesta, recuérdalo. Sólo te puedo acompañar en su búsqueda.

¡Ah!, sí, ya estoy en Australia, llegué hace unos días a Sídney. En breve entrarán en los meses más fríos del año y sin embargo, las playas no paran de acoger a gente que va a hacer surf o a ver ballenas. Este lugar del mundo es como un *collage* de la humanidad, Reino Unido con pinceladas de Oriente... y a la vez único, como todo ser humano.

Bien, me hablabas de las certezas. ¿Cómo puedo obtener la prueba? ¿Cuál es el razonamiento teórico? No se trata de eso, Ignacio. Se trata más bien de reconocer que ante un hecho histórico que llama a cualquier hombre a posicionarse, la razón tiene también su camino, su itinerario, pero no es un recorrido que llega a la conclusión de la verdad de la fe como

a la conclusión de un razonamiento o de una argumentación. Todo lo más, llega al abismo ante el cual hace falta dar un salto, salto que se hace imposible sin el misterio de tu libertad. Ante ese abismo no debemos «concluir» la verdad de la pretensión de Jesús, sino pedir ayuda a ese Misterio.

La cuestión es que nuestra razón haga también su recorrido en la búsqueda, pero lejos del racionalismo que sólo acepta como verdadero lo que se puede «ver» con la razón. Se trata por tanto de una razón integrada en la humanidad del hombre que busca. Por ese motivo es importante comprender que el tipo de certeza que puede tenerse ante la figura de Jesús de Nazaret no es fruto de un proceso lógico o deductivo, sino una certeza posible, existencial, que se llama fe.

¿Se puede tener la certeza de Jesucristo?

La excepcionalidad de la figura de Jesús de Nazaret nos supera. Por un lado, Jesús nos atrae porque sus enseñanzas parecen corresponderse con el anhelo profundo de felicidad que está en el fondo de nuestra persona, pero por otro lado nos da miedo cuando reclama para sí el trato que se debe a Dios y cuando nos dice que Él es Dios mismo y nos está buscando. Pensamos: «¡Lo que nos faltaba! Uno que viene a complicarnos la vida como si no la tuviera yo ya bastante liada». Aunque al mismo tiempo intuimos que realmente tenemos un problema si no viene alguien a rescatarnos, y ese alguien no puede ser otro como yo. O comprende la vida en su totalidad y desde dentro, o estamos apañados.

Para enfrentar este punto te propongo que nos fijemos en la forma en que Jesús vivió esto en su vida, qué hizo para darse a conocer como realmente era. «Al día siguiente estaba Juan [el Bautista] con dos de sus discípulos y fijándose en Jesús que pasaba, dijo: Éste es el Cordero de Dios. Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: ¿Qué buscáis? Ellos le contestaron: Rabí (que significa maestro), ¿dónde vives? Él les dijo: Venid y veréis. Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con Él aquel día» (Jn 1, 35-39).

El evangelista no cuenta qué les dijo en toda esa jornada que pasaron juntos. La potencia de su persona debía ser de una magnitud especial. La certeza de lo que Jesucristo es tiene su origen en un encuentro. Un encuentro tan distinto a cualquier otro que, años después del mismo, Juan lo recuerda como si acabara de suceder; *era la hora décima*. ¿Recuerdas ese poema de Lorca que vimos en clase? Eran las cinco de la tarde, dice el poeta, cuando murió su amigo. Y lo repite una y otra vez, como si ese mantra le ayudara a entender el Misterio... Y es que lo importante de la vida es un acontecimiento, no una idea. Lo que nos ocurre y nos marca sucede en un momento fijo de la historia. Eso es lo que celebra el cristiano: que se ha encontrado con Cristo.

Volvemos al Evangelio, a lo que le sucedió a dos hombres, Juan y Andrés. ¿Qué se necesitó para que le siguieran y se hicieran discípulos? Sólo hizo falta que fueran hombres con una humanidad despierta, con sencillez de corazón, para reconocer a Dios como respuesta; necesidad reconocida, aceptada y puesta en juego. Los discípulos

buscan, y en Jesús encuentran respuesta. Jesús no puede responder a nuestro deseo de felicidad si decidimos de antemano la imposibilidad de que Dios pueda hacerse compañero de camino. Ni Juan, ni Andrés, ni el resto de los discípulos tenían nada que perder estando con Jesús. Aguardaban la llegada del Mesías y, cuando llegó, fueron con Él. Es verdad que después de seguirlo tuvieron momentos de no entender nada. «¿También vosotros queréis marcharos...?», les preguntó Jesús tras una idea que no entendían y los sobrepasaba con mucho; pero la certeza del encuentro había dejado una huella más honda que sus dudas o inseguridades. *¿A quién acudiremos? Sólo Tú tienes palabras de vida eterna...* Es lo mismo que decir: «Yo no he encontrado nada fuera de ti que me afirme que mi vida merece la pena». Esas palabras siguen haciéndose reales hoy. Y yo, Ignacio, soy uno de los que lo piensan.

Jesús no les propuso a sus primeros discípulos una teoría, una nueva filosofía de vida. Los invitó a estar con él, simple y llanamente. En la medida en que los discípulos compartían sus vidas con Él, la certeza de su divinidad iba acrecentándose. ¿Cómo podemos tener la certeza de la verdad de Jesucristo en el mundo actual? «Venid y veréis.» A esta invitación ha tenido que responder el hombre de todas las épocas, desde los primeros discípulos hasta hoy. Podemos conocer, pues, quién es Jesucristo en la medida en que convivimos y estamos con Él, experimentando lo que hace en tu vida si le dejas entrar. Sin nuestro «sí», Él no puede actuar, no puede manifestar su potencia, ni expresar su divinidad. Jesús obra según la respuesta de nuestra libertad.

Te diré más, sólo somos libres cuando encontramos un «tú» al que responder. El camino a la felicidad comienza con el encuentro de Jesucristo que reclama «sígueme». Descubrimos que de buscadores pasamos a ser «encontrados». De la misma manera que los discípulos comenzaron a entrever la divinidad de Jesús por su estar con Él, para nosotros, en el siglo XXI, la forma de conocimiento permanece intacta. El método es el de toda amistad: el trato entre amigos. El conocimiento de Dios y su certeza comienzan con la experiencia, con aquello que vemos y tocamos y, por lo tanto, se trata de un conocimiento objetivo de la realidad; de la realidad de una relación con alguien. ¿Logro hacerte entender? Te describo esta amistad tal y como yo la descubrí y la vivo todos los días, Ignacio.

Como ves, este camino a la certeza sobrepasa los límites de nuestra razón. Y es que, si pudiéramos comprender completamente a Dios, ya no se trataría del Misterio, lo inefable. Para comprender al cien por cien el pensamiento de Dios deberíamos ser Él mismo. Ya verás que entendiendo esto te ahorras muchos escepticismos que no llevan a ninguna parte. Insisto en esto.

El Misterio supera la razón, pero no la anula

La característica propia del Misterio es precisamente la de seducirme no en virtud de ninguna deducción lógica, sino como una realidad que interviene cambiando mi exigencia de juicio y de racionalidad y que, sin embargo, se me impone

como supremamente real y razonable. Tan real que se propone de un modo que no puedo rechazar, por más que quiera. Jesucristo supera mis capacidades intelectuales. Él desorienta mi racionalidad, puesto que supone una turbación para las actitudes de mi inteligencia. Por esto experimento resistencia a creer en Él.

Además, es una provocación más grave todavía para el transcurrir tranquilo de mi existencia, porque si Jesucristo no existiera o si no afronto ese hecho, estaría yo más tranquilo. Me entiendes, ¿verdad? Si no existiera, me quitaría la tensión de tener que confrontar todo lo que soy y vivo con esta Presencia tan real y superior, tan buena y llena. No tendría que pedirme cuentas —y no me refiero a cuentas morales, sino existenciales— con Aquel que dice ser el sentido de mi vida. Por eso es falsa la argumentación de quien dice que el cristianismo censura la realidad, y nos hace encontrar consuelos necios para no enfrentarnos con nuestra vida. Y te lo digo con esta seguridad, Ignacio, porque era yo el que lo pensaba y he sido yo quien se ha caído del caballo. No es más fácil la vida creyendo en Cristo, pero sí puedo afirmar que merece más la pena.

Te preciso el significado de la palabra *misterio* en el lenguaje religioso para que entiendas mejor a qué me estoy refiriendo. Solemos llamar *misterio* a lo que no entendemos, a los problemas sin solución conocida. Sin embargo, hablando con propiedad, no toda cuestión sin resolver o incomprensible es un misterio. Un enigma no es un misterio. Un enigma es una cuestión sin resolver, pero dentro de un horizonte en el que es razonable encontrar su solución. La curación de la

tuberculosis era un enigma y ya no lo es; la curación del cáncer es un enigma que esperamos deje de serlo con el avance de la oncología.

En cambio, ¿qué hago en la vida?, ¿para qué me ha sido dada? Es algo que no sabemos y que no lograremos saber por nuestras solas luces. Intuimos con claridad que las respuestas a tales preguntas nos trascienden, que están «más allá», y es así como nos asomamos al misterio religioso. La curación del cáncer no ha llegado, tampoco conocemos cómo se formó el universo, pero ¿ves hasta qué punto la pregunta del misterio es diferente de la del enigma?: en una está en juego el sentido de nuestra vida y en la otra no, por muy importante que pueda ser para la medicina o la astronomía. *Enigma* es lo que resolvía Sherlock Holmes, *misterio* es lo que movía a la Madre Teresa de Calcuta.

La fe no consiste simplemente en rezar sino en ponerse ante el Misterio. Surge cuando se busca algo o Alguien necesarios para dar razón de nuestra existencia.⁹ Por eso cuando se habla de misterio en cuestiones de fe, hay que comprender lo que se está diciendo. Y por eso te hablo del Misterio de Cristo.

El Misterio es algo incomprendible porque está más allá de nuestra capacidad de comprensión, es trascendente. Aceptarlo es razonable, no irracional. Irracional sería aceptar como verdadero lo contradictorio o lo absurdo (un círculo cuadrado o que dos más dos son cinco), pero no es irracional aceptar el fragmento del Misterio que nos es posible conocer. Comprender la excepcionalidad de la persona de Jesús y adentrarse a verificar si todo lo que Él pretende ser y ofrecermos es verdad constituye un desafío para la cabeza y el corazón que,

aunque desbordados por lo que tienen delante, no quedan anulados sino invitados a una apertura nueva.

Me preguntabas cómo obtener la prueba, pero después de todo esto y como respuesta sólo puedo decirte que la única «verificación» posible de nuestra fe reside en la apertura a comparar si lo que el Misterio nos ofrece se corresponde con el hambre profunda de nuestro corazón. ¿No te parece que esta asignatura es la más fascinante de todas?

El mes que viene viajaré a Jerusalén, centro del Misterio. Escríbeme tú antes, para que pueda seguir acompañado de tus preguntas.

¿Cómo te enfrentas al final de curso?

Tu viejo profesor

6. ¿Por qué dicen que ha resucitado?

Jerusalén, 29 de junio de 2011

Querido Ignacio:

He llegado a lo que a mí me parece el eje del mundo, el centro de la Tierra, porque si Dios se ha revelado al hombre, ¡si Dios se ha hecho hombre!, y ha sido aquí, entonces no hay un lugar más importante. ¿No te parece? Este lugar es también el crisol de la humanidad: las tres grandes religiones monoteístas lo sienten suyo (tanto que, a veces, no entienden que la propiedad de lo sagrado es difícil de acotar, ya me entiendes). Te escribo desde el escenario que contempló el Misterio, y donde, un día, la vida se tornó en fiesta.

He esperado a llegar aquí para escribirte esta carta. Quiero hablarte de la resurrección de Jesús. Desde la última vez, tú me has escrito en varias ocasiones mostrándome tu dificultad para llevar ese acontecimiento a tu vida. Me dices que leyendo mis palabras, una y otra vez sientes una especie de vértigo, como si ese Dios hecho hombre quisiera también entablar conversación contigo, como si todo lo que te he contado se correspondiera, de alguna forma, con tu vida, con

tus estudios, con tus deseos. Como si fuera la respuesta más inaudita pero también la más razonable para lo que buscabas... y ahí está tu dificultad, ¿cómo es posible que siga vivo y que llegue hasta mí?

La resurrección es la clave, Ignacio. Sólo es posible que nos encontremos con Cristo si realmente resucitó y está vivo hoy, aquí y ahora. Eso lo experimentaron con mucha intensidad los que le seguían.

Haz un esfuerzo de contemplación. Imagínate el panorama tras la muerte de Cristo. En aquel día 14 del mes judío de Nisan, tras la furia y la sangre, sólo se oyó el ruido seco de la gran piedra rodada para cerrar el sepulcro. Mientras caían las tinieblas, las últimas mujeres se volvieron a casa. Dolor, vergüenza, desolación, fracaso... ¿Qué quedaba además de un cuerpo muerto, destrozado? Soledad.

¿Dónde están los que habían dicho «moriremos contigo si hace falta»? Judas, el traidor, se ha suicidado. Pedro, lleno de miedo, le ha negado tres veces. Todos han huido, están escondidos porque todo aquello en lo que creían se ha acabado y todo el mundo ha sido testigo. Su Señor ha muerto como un criminal. Comienza el sábado de la soledad en el sepulcro y de la desesperación en el corazón de los discípulos. Será el día del silencio y la tristeza frente a un sepulcro, allí donde nadie esperaba ni podía imaginar lo que sucedió a los tres días.

No había fracasado una idea, Ignacio, había fracasado una vida llena de signos que apuntaban a Dios. Habían fracasado todas y cada una de las vidas que, dejándolo todo, le habían seguido. El que era la promesa para sus vidas estaba

siendo pasto de los gusanos, de la muerte, como cualquier hombre.

Dos días después, esos mismos hombres, temerosos y desolados, cambian radicalmente. Se llenan de gozo y de alegría. ¿Qué les pasa? Empiezan a decirse unos a otros que Cristo ha resucitado, que ha vencido a la muerte, que ha mostrado de una vez por todas que es Dios, que ellos le han visto, que han comido y hablado con Él, sin miedos, llenos de inmenso júbilo, transformados. Pasan de la desesperanza a la confianza, de la confusión a la certeza, de la cobardía a la voluntad inquebrantable. Y lo hacen en Jerusalén, cerca de las autoridades judías y romanas que han condenado y matado a Cristo hace sólo unos días, delante del pueblo que prefirió a Barrabás en vez de a Jesús, delante de todos los que creían que habían acabado para siempre con este grupo de «nazarenos».

Si les preguntáramos a los discípulos, contestarían sin pestañear: «Lo que ha pasado es que Jesús ha resucitado». Sin más adornos, con el estilo directo de quien ha sido testigo de un hecho y lo cuenta como lo ha visto. De repente, el sepulcro es olvidado, nadie venera ya a un muerto. Al maestro tan querido, muerto por blasfemo, ya no le visita nadie en su tumba. ¿Por qué? Porque no hay tumba, ya que no hay cuerpo.

Antes de que transcurriesen quince años de la muerte de Jesús ya existían sólidas tradiciones escritas que mostraban lo arraigada y extendida que estaba la convicción de que Cristo había resucitado. Te escribo aquí el texto de San Pablo, para que veas lo que vivían aquellas personas:

«Os transmití, en primer lugar, lo que también yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, y que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; y que se apareció a Cefas y más tarde a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría de los cuales vive todavía, otros han muerto; después se apareció a Santiago, más tarde a todos los apóstoles; por último, como a un aborto, se me apareció también a mí.» (1Cor 15, 3-8)

A mí se me ocurren algunas posibilidades ante este acontecimiento:

a) Es mentira, los discípulos mintieron y se lo inventaron todo.

b) Los discípulos se engañaron a sí mismos, alucinaron.

c) Se trata de una leyenda forjada por los primeros cristianos a partir de un hecho histórico, al que se le fueron añadiendo cosas hasta terminar en el mito de la resurrección.

d) Debe ser verdad, esos relatos simplemente cuentan lo que pasó. Lo cual no constituiría una «prueba» de la resurrección y menos aún de la divinidad de Jesús, pero sí un reclamo potente a posicionarse ante los hechos. Un llamamiento a la cabeza y al corazón que se sienten interpelados.

La tercera opción creo que queda encuadrada en lo que hablamos de la historicidad de los evangelios, y la cuarta queda a tu libertad, Ignacio, así que me detengo en las dos primeras.

a) *¿Se lo inventaron los primeros cristianos?*

Piénsalo bien. Una mentira tan grande es realmente insostenible. En primer lugar porque carece de testigos fiables. Las primeras en ver a Cristo resucitado son mujeres; María Magdalena, María de Cleofás, María (madre de Santiago el menor y José), Salomé, Juana y otras más. Así aparece en los evangelios, con el estilo sencillo de quien recoge testimonios directos. ¿Mujeres dando testimonio a hombres asustados y escondidos? Yo siempre he pensado que si es verdad la resurrección, Dios no entiende mucho de marketing. Basta con leer el Evangelio de Lucas, 24, 11: «Contaban esto [el sepulcro vacío y el encuentro con Jesús resucitado] a los apóstoles. Ellos lo tomaron por un delirio y no las creyeron». ¡Claro!, el ambiente de la época tenía esta mirada que recoge Flavio Josefo en sus *Antigüedades judaicas*: «Los testimonios de mujeres no son válidos y no se les da crédito entre nosotros, por causa de la frivolidad y la desfachatez que caracterizan a este sexo». Celso, el gran adversario dialéctico de los cristianos del siglo II, denuncia: «Los galileos creen en una resurrección atestiguada tan sólo por algunas mujeres histéricas».

En fin, Ignacio, para la primitiva comunidad cristiana aceptar que habían sido mujeres las primeras en testimoniar a Cristo vivo no fue nada fácil, esto también violentaba su mentalidad. Dar tanta importancia en los relatos de la resurrección de Jesús al testimonio de unas mujeres ciertamente no favorecía la credibilidad de los mismos. El inventor de la mentira, para hacerla creíble, nunca la hubiera fundamentado en tales testigos.

Y en segundo lugar, es insostenible porque el «cuento» inventado no es verosímil: puestos a inventarse una historia, los primeros cristianos hubieran ingeniado algo que pudiera ser creído, que encajara con la mentalidad de los judíos. Una resurrección como la que nos cuentan no cabía en su pensamiento semita. Los sectores del judaísmo que creían en la resurrección (no todos creían en ella) esperaban una resurrección al final de los tiempos, universal, que sobrevendría con la llegada y la obra del Mesías esperado. Que Jesús hubiera resucitado en solitario y antes del final de los tiempos era algo imposible de admitir o siquiera imaginar.

A los apóstoles jamás se les habría ocurrido interpretar aquellas «visiones» que afirmaban tener como una resurrección. Porque la única idea de cuerpo resucitado que podían tener era la de un cuerpo que retorna a la misma vida que llevaba antes, como Lázaro o el hijo de la viuda de Naím o la hija de Jairo (o la que hizo el profeta Eliseo), pero un cuerpo humano que aparece y desaparece, que entra y sale de habitaciones cerradas, que come, al que se puede tocar... esto jamás se les hubiese podido ocurrir.

¿Cómo iban a reaccionar los enemigos de Jesús cuando se vieran acusados públicamente de ser sus asesinos? Esos hombres no jugaban, y los que sostenían que Jesús vivía se arriesgaban a acabar como su maestro. Además, no sólo se trataba de creer ellos, sino de hacer creer a otros. Esa fe les pedía una entrega de sus vidas radical a ese acontecimiento, a Jesús. El único «argumento» principal que tenían era decir que aunque Jesús había muerto de aquella manera, sin embargo, había resucitado. ¿Tú dirías que esperaban que los creyesen? ¿Cómo

decir semejante «disparate» si de verdad no lo hubieran tocado con sus propias manos?

La hipótesis de la mentira se hace más insostenible todavía si vemos la reacción de los enemigos de Jesús, los que le habían condenado y ejecutado. Si los apóstoles estaban mintiendo, en verdad estaban siendo muy molestos. El sumo sacerdote con el Sanedrín en pleno llegó a advertirles: «¿No os habíamos ordenado formalmente no enseñar en ese nombre? En cambio, habéis llenado Jerusalén con vuestra enseñanza y queréis hacernos responsables de la sangre de ese hombre» (Hech 5, 28). Nada más fácil que presentar el cadáver o a los guardias heridos cuando éste fue robado. Que no lo hicieran sólo tiene una explicación: no había cuerpo que presentar, no había cadáver, el sepulcro estaba vacío. Y el sepulcro vacío sólo ofrece dos posibilidades: o alguien ha robado el cuerpo o realmente Cristo ha resucitado.

Veamos entonces: si el cadáver de Cristo fue robado, ¿quién lo hizo? Parece claro que no fueron ni judíos ni romanos. ¿Para qué crearse problemas de esa manera? Sobre todo, con los movimientos molestos que había habido y gente sospechosa alrededor del difunto.

En el supuesto de que unos rudos seguidores del difunto hubieran ganado en la pelea contra unos soldados profesionales, puestos ahí por petición de las autoridades judías para evitar el robo, ¿no hubo ruido de lucha en la silenciosa madrugada de Jerusalén repleta de peregrinos? ¿Qué hay del escándalo que hubiera causado que unos judíos se hubiesen enfrentado a soldados romanos y los hubieran vencido? ¿Dónde están los guardias heridos o los muertos en

la trifulca? No hay más que presentarlos ante el pueblo para probar el robo.

Sólo nos queda pensar que robaron el cuerpo mientras la guardia dormía... Claro que según el código de honor militar romano, un soldado romano que se dormía durante su guardia debía morir a bastonazos o quemado sobre su propia capa. ¿Y se durmieron los guardias? ¿En una misión que, además, no era rutinaria sino pedida expresamente ante un probable peligro?

Y si efectivamente los apóstoles hubieran robado el cadáver y después andaban por Jerusalén hablando de ese muerto, diciendo que las autoridades eran responsables de esa muerte... ¿Nadie los juzga por profanar una tumba y robar un cadáver?

Son muchas preguntas, Ignacio, y como ves, todas ellas pertinentes, concretas y sólidas. Cada hombre de toda época debe enfrentarse a ellas sin censurar la razón, todas las posibilidades, porque de este hecho depende la Verdad de lo que hemos hablado en las cartas anteriores.

Yo me enfrenté a ello con todas mis fuerzas. Mi hermano había muerto y si un hombre había podido venir de ese mundo y prometernos la vida, a mí me interesaba. Eso me rescataba de mi desesperanza, de mi desolación. Pero tenía que ser verdad, tenía que ser real... No estaba dispuesto a dar mi confianza a una mentira, porque entonces, tarde o temprano, la caída sería más fuerte. Sólo puedo ofrecerte mi experiencia, Ignacio.

En el caso de que los discípulos hubieran robado el cuerpo de Jesús, para explicar su desaparición, ¿por qué recurren a la hipótesis de la resurrección? Podían haberla explicado con

la concepción judía del rapto corporal al cielo. Así lo relata la tradición judía para algunos de sus personajes como Henoc, Elías, Esdras y Baruc. Sin embargo, los apóstoles, a pesar de ser denunciados como falsos y ladrones, insistieron una y otra vez en que el cuerpo de Jesús había desaparecido del sepulcro porque había resucitado de entre los muertos. La tumba vacía no era suficiente prueba del hecho de la resurrección, pero no hubo más justificación por parte de los seguidores de Jesús, sólo la afirmación insistente, como signo de lealtad con lo que parece que realmente sucedió.

b) ¿Puede que los discípulos se engañaran a sí mismos?

Ésta es la siguiente cuestión que quería mostrarte. Podríamos pensar que los discípulos —hundidos en el fracaso total del Maestro, emocional y psíquicamente destrozados y sugestionados por las palabras de Jesús— sufrieron una alucinación. Esto es creer que se habla con un muerto. Más de un estudioso ha formulado esta hipótesis.

Los estudios psiquiátricos revelan que una alucinación de este tipo nunca va acompañada de la duda sobre lo que se cree haber visto o percibido. El alucinado no duda. Sin embargo, los protagonistas de las supuestas alucinaciones dudan y en ocasiones no reconocen a Jesús en un primer momento.

Las patologías alucinatorias son progresivas hasta la ruptura total de la personalidad si no son tratadas, pero ésta empezó y terminó en cuarenta días. Además, estaríamos hablando de alucinación colectiva (María Magdalena, los once en el cenáculo, los dos de Emaús, los quinientos, Pedro,

Santiago...), y una alucinación de este tipo no es posible sin sustancias que la propicien.

Los testigos no eran dados a estas cosas. Las autoridades del Sanedrín no los trataron como dementes, algo que hubiera sido fácil demostrar por otros rasgos de su delirio alucinatorio. Si ellos alucinaron y expandieron semejante delirio, las autoridades judías o romanas podían haber parado fácilmente el engaño mostrando el cadáver.

La supuesta alucinación explicaría sólo los relatos de las apariciones posteriores a la muerte, pero no arrojaría nada de luz sobre la tumba vacía, la piedra del sepulcro corrida o la pérdida del cadáver.

Nadie ha dado nunca una explicación alternativa a la resurrección de Jesús que explique todo de manera satisfactoria, Ignacio. Esto no quiere decir que la resurrección quede probada sino que hay que contemplar la posibilidad de que realmente sucediera. Y contemplando su posibilidad, sin censurar la razón, ver si es posible que ese hecho, que provocó tal reacción en sus seguidores, tenga algo que decirme a mí.

Los pasos que te voy mostrando son los pasos que yo seguí, pero el camino es de cada uno. No hay ninguna prueba en torno a Jesucristo que fuerce su libertad a quien la contempla. El profesor judío de historia del Segundo Templo de la Universidad Hebrea de Jerusalén, David Flusser (os he hablado de él en clase, ¿recuerdas?) afirma lo siguiente apoyado en 1Co 15, 3-8: «No tenemos ningún motivo para dudar de que el Crucificado se apareciera a Pedro, luego a los Doce, después a más de quinientos hermanos a la vez... lue-

go a Santiago; más tarde a todos los apóstoles, y finalmente a Pablo en el camino de Damasco». ¹⁰

La muerte no es un tema, Ignacio, es algo que forma parte de nuestra vida. Si se piensa en ella en abstracto, haciendo teorías, pueden decirse muchas cosas de todo tipo, algunas sensatas, otras no tanto. En cambio, cuando toca nuestra vida o la de alguien que queremos, nos introduce en el misterio de nuestra existencia.

Como ves, la muerte de mi hermano fue para mí la puerta de entrada a este Misterio que es Jesús de Nazaret. La muerte dejó de ser un hecho en mi vida, y empezó a ser, sobre todo, una gran pregunta. Me di cuenta de que si todo termina ahí, la vida es una cosa; si no, es otra. Si alguien ha vencido el poder de la muerte y ésta ya no tiene la última palabra, entonces la vida cambia radicalmente. Y en ese momento sólo me interesaba una cosa, volver a abrazar a mi hermano. Ahora sé que tras este deseo legítimo había algo más: la necesidad de que mi vida y la de los que quiero tenga puerto de llegada.

En los evangelios existe un relato que cambia todo. En pocas líneas se dice que el que murió crucificado fue encontrado vivo después de su muerte, y no como una reanimación del anterior Jesús, sino como uno que vive ya en un mundo nuevo en el que no hay ni muerte ni lágrimas. A mí me golpeaba la desproporción que había entre el hecho y la reacción que causaba en sus testigos. Tipos que habían vivido el acontecimiento de la muerte y sepultura de su Maestro con tanto miedo eran capaces de salir gritando horas después que estaba vivo y todo tenía sentido, por lo menos, para ellos. ¿Y para

mí?, me preguntaba, ¿tiene sentido para mí? Me lo preguntaba y sigo haciéndolo ahora que contemplo esta tierra testigo de lo que me sostiene.

Cómo me gustaría que estuvieras aquí, Ignacio.

Un abrazo,

Tu viejo profesor

7. Y la Iglesia, ¿qué tiene que ver con todo esto?

Roma, 31 de julio de 2011

Querido Ignacio:

Ya estoy muy cerca de casa. En realidad, yo ya me siento en casa. Estoy en Roma. Esta ciudad es caótica, y profundamente bella. He estado muchas veces aquí y siempre vuelvo a descubrirla. Sus calles están llenas de vida, de paredes desconchadas que no necesitan pintarse, de personas que gesticulan exageradamente sin que signifique enfado, de semáforos que nadie obedece porque hay una especie de entendimiento humano que no necesita a las máquinas, de iglesias abiertas como parte de la plaza, de cultura que no entiende de fronteras entre lo religioso y lo pagano, de vida, Ignacio, de vida.

Y este lugar es precisamente el sello de la Iglesia para el mundo.

Te estoy escribiendo sentado en la plaza de San Pedro. Frente a mí, la fachada imponente de la basílica, rodeada por los brazos de piedra que diseñó Bernini. Una y otra vez el abrazo de la Iglesia en mi vida.

Sin embargo, entre nuestra última carta y este abrazo hay un salto grande, o un foso, como lo llamaba el filósofo alemán Lessing.

Efectivamente, Ignacio, si Jesús fue todo eso que vimos en las otras cartas, si hizo lo que parece que hizo, pero ¡hace dos mil años!, nos separa un foso insalvable. Este maldito foso del que habla Lessing me condena a ver a Jesús sencillamente como un personaje, un discurso... un difunto. Al final, Jesús no está.

Pero si Dios se ha hecho hombre, ¿no previó un método para acompañar al ser humano hasta el fin del mundo?, ¿la Encarnación de Dios se interrumpe con su muerte en la cruz y su resurrección?

Para mí y para muchos, la Iglesia ha sido la gran posibilidad de conocer a Cristo, y de que Él me conozca a mí. Por eso no la vivo como un partido, o una asociación donde comparto con otros socios una estrategia de una idea... No, para mí la Iglesia es un lugar, y allí, Jesús de Nazaret, el de hace dos mil años, tiene la misma fuerza y presencia que para Juan y Santiago, que para Pedro, que para los que estuvieron con Él. Por eso la Iglesia es la gran posibilidad de que mi vida tenga que ver con la de aquel que se dijo Dios.

Ignacio, a mí también me tronaba en la cabeza tu pregunta. ¿Cómo puedes ofrecer tu confianza a un grupo humano que se dice la Presencia viva de lo divino? ¿Lo divino en lo humano? ¡Esencialmente imposible! Todo eso me resonaba en la mente y en el corazón cuando conocí a Agustín, el cristiano del que te hablé en otra carta. En ese momento me di cuenta de que la forma de comprobarlo seguía siendo la misma de hace dos mil años, «Ven y verás», lo mismo que dice Jesús a Juan y Santiago

a las tres de la tarde en la ribera del Jordán... *Ven y verás*, no hay más. La invitación de Jesús no era «ven y verás como lo que te encuentres será perfecto y sin tacha moral»; no, *ven y verás*, porque quizá aquí encuentres el sentido de tu vida... Y eso es lo que me pasó a mí. Y muchas veces me sorprende experimentando aquellas palabras de Juan Pablo II: «Cristo resucitado se hace literalmente contemporáneo de nuestra vida mediante el encuentro con la Iglesia, ese extraño pueblo nacido para comunicar lo divino a través de lo humano».

No hay más estrategia ni complejidad. Sé que es simple, pero es el único punto de vista con el que la Iglesia puede entenderse. Porque lo único que ofrece la Iglesia es una Presencia, la de Cristo vivo.

Si queremos hacer un juicio adecuado sobre la Iglesia, tendremos que verificar, antes de preguntarle sobre cualquier otro asunto, si esto que ella dice de poder darme a Cristo es verdad o no. Porque si no lo es, no interesa. La Iglesia, sin Cristo, no es nada. Pero, insisto, la pregunta no es teórica, sino existencial. Si no te pones en juego, es difícil comprender algo de la Iglesia, como lo es poder comprender algo de Cristo, y diría más, poder comprender algo de ti mismo.

Pero ¿en serio quiso Cristo la Iglesia?

A lo largo de la historia humana, cuando alguien ha creído que tenía algo importante que decir a los demás, algo que permanezca vivo después de que él muera, normalmente ha escogido el mismo método de permanencia: reunir a un grupo de discí-

pulos que, cuando él pase, continúe con la enseñanza de una forma de vivir, de una filosofía. Es el caso de Sócrates, Platón, Buda y otros. Y es que hay cosas de gran importancia para la vida que no se aprenden en libros o en conferencias, sino participando de las comunidades que las conocen, las estudian, y tratan de vivirlas.

Es claro que Jesús de Nazaret era uno de los que querían que su mensaje y su obra perduraran más allá de su vida terrena. Y su método fue el de otros iniciadores: reunir a un grupo de discípulos. Con ellos vivió unos años, escucharon sus enseñanzas, comprendieron su misión y aceptaron vivir para ella. El método no es nuevo, la novedad radica en la forma de su presencia en el grupo de sus discípulos, que con los años terminó autodenominándose Iglesia. Lo novedoso consiste en que Jesús permanece con ellos de una manera distinta, no como recuerdo o una memoria de sus enseñanzas y los gestos de su vida. Aunque nos parezca increíble, el Maestro dejó a su grupo unos signos que lo hacen presente en momentos importantes de la vida. Los sacramentos que administra la Iglesia no son ideas ni símbolos, sino la acción y el acompañamiento de Jesús mismo, que está vivo. Él dejó también una Palabra que, leída y meditada, lo hace presente como alguien que realmente se comunica por medio de ella. Y dejó su Espíritu, que hace posible todo esto en el corazón de los que viven en esa comunidad. Esto, que parece tan imposible, es la Iglesia.

Jesús no tenía una expectativa de la Iglesia distinta a la que tú y yo podemos conocer ahora. No tenía una estrategia escondida que no fue respetada para la creación de su «escuela». No. Contaba con la fragilidad de sus seguidores.

Y esa debilidad no ha sido obstáculo para que a ti y a mí nos llegue su Presencia. Echa un ojo a estos textos, Ignacio. Te los enumero por si quieres pensar en ellos antes de que nos podamos ver en la universidad. La pregunta inevitable es: ¿qué pasajes hay en el Evangelio que nos permitan afirmar que Cristo quiso realmente fundar la Iglesia?

(Mc 3): Le sigue mucha gente, ya había escogido a algunos para que le siguieran pero ahora selecciona a doce de ellos, por su nombre, para que «estuvieran con Él y para enviarlos a predicar, y que tuvieran autoridad para expulsar a los demonios» (v 13-19). Empieza a configurar la estructura y la cabeza del grupo que va reuniendo.

(Lc 10): Envía al grupo de los 72, «y los mandó delante de Él, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir Él». Este entrenamiento no es en vano. Es algo muy serio: «como corderos en medio de lobos», «no llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias», «decidles: el reino de Dios ha llegado a vosotros»... «Quien a vosotros escucha a mí me escucha; quien a vosotros rechaza a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí rechaza al que me ha enviado»... Les da ideas claras e instrucciones precisas, forja una identidad entre Él y ellos, establece una relación entre lo que Él hace y lo que ellos hacen... No está jugando con ellos, los está preparando para que continúen todo cuando Él no esté.

(Mt 16): Llega un momento muy especial, al constatar que al menos algunos de ellos ya veían que era «el Cristo, el Hijo de Dios vivo»: «¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás! Porque eso no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi

Padre que está en los cielos. Ahora yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos, lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos». Por la solemnidad del momento está clara la voluntad de Cristo de dar a su Iglesia un fundamento de unidad y una dirección, una Roca. Y esa Roca no era un hombre intachable y perfecto. En su momento fue un traidor, abandonó a Cristo en la cruz por miedo. Aun así, Jesús resucitado vuelve a confirmarle en la misión: «Pedro, ¿me amas? Apacienta a mis ovejas». Parece ser que Cristo ya contaba con el pecado en los miembros de su Iglesia y esto no fue un obstáculo. Si sigues leyendo el texto propuesto, verás que se muestra el poder de «atar y desatar» las cosas en la tierra para que así permanezcan en el cielo. Es lenguaje rabínico que significa admitir o rechazar a alguien en el pueblo de Dios, y también aplicar la ley de Dios en situaciones concretas. Queda claro cómo va configurándose muy en serio una comunidad en torno a Él, y que la iniciativa es suya: «No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca. De modo que todo lo que pidáis al Padre os lo dé» (Jn 15, 16).

(Lc 22): Cristo entrega su cuerpo y su sangre, la de una alianza nueva (un pacto nuevo entre Dios y su pueblo). Lo hace en el sacramento que hoy llamamos Eucaristía. Esta entrega es una pretensión inaudita. Además, se la confía a unos cuantos de ese pueblo porque les da el poder de «hacer eso»: «Haced esto en memoria mía». La Iglesia, que sigue configurándose,

ya tiene un centro especialísimo. La familia tiene una mesa común, un alimento común.

(Jn 20): Si era escandaloso que Él dijese que podía perdonar los pecados, ¿qué pretende cuando hace participar de ese poder a esos escogidos por su nombre? «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos». Esto no es dado a unos individuos a título personal, sino a unos pocos para una comunidad que lo viva y lo comunique a todo el mundo. Aquellos que son pecadores, que no son puros, son los encargados de transmitir el perdón de Dios, y así, generación tras generación.

(Mt 28): Y en su despedida, después de haber resucitado, todo queda claro: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos». En este texto Jesús da un mandato solemne a un grupo específico de personas para que hagan crecer el grupo y enseñarles a vivir de una manera concreta. Un estilo de vida marcado por el mandamiento del amor: «Os doy un mandamiento nuevo, que os améis unos a otros; como yo os he amado» (Jn 13). Jesús está mandando a su Iglesia a cambiar el mundo con el amor. Ignacio, si quieres, cuando nos veamos nos detenemos a juzgar si lo ha conseguido o no, pero es evidente que ésta es la misión para la que Jesús fundó su Iglesia.

Te mando estos textos como una invitación, para que afrontemos la respuesta como si contemplásemos un mosaico. En realidad, igual que todo el Evangelio nos muestra a Cristo, también todo él deja entrever la continuidad en la Iglesia. Sólo he señalado algunas teselas. Al final, al tomar algo de distancia y verlas en conjunto, podemos hacernos una primera imagen de la voluntad de Cristo de fundar la Iglesia.

La Iglesia: familia sí, partido religioso no

Los primeros cristianos no estaban reunidos en una especie de comuna. No eran una congregación amorfa. Su estar juntos estaba vertebrado en una unidad donde cada uno tenía una función específica. Había una Misión para cada uno, una vida nueva para cada miembro de la Iglesia, una familia... y Jesús en medio. Y esa familia no ha dejado de tener vida, y por eso puede surgir una Teresa y un Juan de Ávila; y una comunidad de monjes que son asesinados en grupo en Argelia, como hermanos, sostenidos por su Hermano Mayor, Cristo; y un Karol y Joseph que se dan el relevo en la Misión... y una multitud de jóvenes que sin conocerse se unen para recibir al representante de la Iglesia y se llaman Familia. Sólo si Jesús está en medio de todos ellos, si Jesús sigue estando presente realmente, y no sólo como un recuerdo, se puede vivir esta unidad, se puede seguir siendo Comunidad que le sigue.

Sólo tú puedes dar el paso para conocer a esa Familia, Ignacio. Mi experiencia es que encontré en ella a unos amigos que no me han abandonado jamás. Unos amigos a los que, sin

tener mi misma sangre, llamo hermanos. Sabemos que nuestra unidad no está en la perfección de nuestras vidas, sino en Otro que nos une y nos hace mirarnos con ojos nuevos, como un gran regalo donde Él se hace presente.

«Si yo estoy en la Iglesia es por las mismas razones por las que soy cristiano. No se puede creer en solitario. La fe es posible en comunión con otros creyentes. La fe por su misma naturaleza es fuerza que une. Esta fe o es eclesial o no es tal fe. Además, así como no se puede creer en solitario, sino sólo en comunión con otros, tampoco se puede tener fe por iniciativa propia o invención.»¹¹

Estas palabras no son mías, pero te las escribo porque a veces lo dicho por otro es justo lo que, de peor forma, queríamos decir nosotros. Esto que dice el cardenal Ratzinger es mi experiencia. Yo no podía sostener todo aquello que me estaba pasando al descubrir a Cristo, necesitaba no sólo compartirlo, sino confrontarlo con otros, vivirlo en otros.

*Sí, pero ¿y el pecado?,
¿y el escándalo de la Iglesia?*

¿Y el pecado?, me dirás tú, ¿dónde colocamos la existencia de esta realidad que parece tejer la historia de la Iglesia?

Te aseguro que me extraña tanto como a ti el hecho de que Jesús quisiera prolongarse en la Tierra a través de cobardes que no dieron la cara por Él (Pedro) o que incluso llegaron a

traicionarle (Judas). Y es que el método que Dios ha elegido para darse a conocer a su criatura está llevado por el ser humano. Pero no sólo por aquellos aspectos de nuestra naturaleza que más nos agradan, sino por todo el ser humano, incluidas las cosas que desecharíamos si pudiésemos. Jesús, hombre como cualquiera de nosotros, es el vehículo de transmisión de Dios Padre. «¿No es éste el carpintero, el hijo de María? (...) Y se escandalizaban a cuenta de él» (Mc 6, 3), le reprochaban a Jesús. ¿Cómo va a ser posible que Dios se haga alguien tan normal? El mismo escándalo que Jesús provocaba por su condición humana a los que le conocieron les sucede a los cristianos hoy.

Esta metáfora me la habrás escuchado alguna vez en clase; seguramente no he mencionado a la Iglesia en ella, sino que la habré aplicado a otro aspecto de la vida, pero el original dice así:

«Podemos pensar en la Iglesia católica comparándola con la luna: por la relación luna-mujer (madre) y por el hecho de que la luna no tiene luz propia, sino que la recibe del sol sin el cual sería oscuridad completa. La luna resplandece, pero su luz no es suya sino de otro. La sonda lunar y los astronautas descubrieron que la luna es sólo una estepa rocosa y desértica, como montañas y arena, vieron una realidad distinta a la de la antigüedad: no como luz. Y efectivamente la luna es en sí y por sí misma sólo desierto, arena y rocas. Sin embargo, es también luz y como tal permanece incluso en la época de los vuelos espaciales.

¿No es ésta una imagen exacta de la Iglesia? Quien la explora y la excava con la sonda, como la luna, descubrirá solamente desierto, arena y piedras, las debilidades del hombre y su historia a través del polvo, los desiertos y las montañas. El hecho decisivo es que ella, aunque es solamente arena y rocas, es también luz en virtud de otro, del Señor.

Yo estoy en la Iglesia porque creo que hoy como ayer e independientemente de nosotros, detrás de «nuestra Iglesia» vive «su Iglesia» y no puedo estar cerca de Él si no es permaneciendo en su Iglesia. Yo estoy en la Iglesia porque a pesar de todo creo que no es en el fondo nuestra sino *suya.*»¹²

Una noticia no depende de la dignidad del mensajero, ni de su credibilidad, sino del contenido de la información que tiene que transmitir. ¿Recuerdas a Filípides, Ignacio? Podía ser un soldado ateniense mentiroso, pero ante la perspectiva de la muerte segura frente al enemigo, el anuncio de una victoria suponía un respiro para el que esperaba angustiado. Nadie, en ese momento vital, analizaba los méritos del soldado mensajero. Sólo si lo que decía era verdadero.

El pecado es algo con lo que Cristo contaba para que todo hombre, tú y yo, nos sintiéramos incluidos en la salvación a través de la Iglesia. ¿Cómo sentir que podemos pertenecer a una Familia, si ésta se convierte en un club de élite de los fieles cumplidores de la ley donde sólo tiene plaza lo inmaculado? ¿Qué familia puede cerrar la puerta al hijo que no se comportó como hijo? A veces, nuestro

objetivo de ser fieles cumplidores de una ley exigente que nos excede nos ha hecho alejarnos de un pueblo que anhela, igual que nosotros, que su vida tenga sentido, pero que, ¡al igual que nosotros!, no encuentra en la perfección moral su rescate, sino en el amor, que por agradecimiento quiere ser perfecto moralmente.

Ya ves, Ignacio; una vez más la pregunta de fondo es la misma: o la Iglesia, con pecado o sin él, me da a Cristo, o no me importa lo que tenga que contarme, porque será una invención más de la búsqueda del paraíso que resuena en nosotros. El fraude no está en una Iglesia que no es perfecta (y sé bien que no es perfecta porque estoy dentro de ella), el fraude estaría en una Iglesia inmaculada que no me da a Cristo.

*Los sacramentos: signos que atraviesan
«el maldito foso»*

Si creemos que la pretensión de Cristo y su Iglesia son verdad, y realmente pueden transformarnos por dentro, si realmente podemos atravesar «el maldito foso» que nos separa de Jesús, enseguida nos preguntaremos: ¿cómo es posible la transformación?, ¿cómo puede la Iglesia darnos la vida divina que Jesús prometió? El mero hecho de plantearnos estas cuestiones nos desconcierta, pues somos hombres normales y corrientes, y nos parece que ni siquiera podemos desear algo tan grande, ¿verdad? Y es aquí donde la vida sacramental de la Iglesia tiene su sentido. El valor que tiene cada sacramento para los distintos momentos de la vida de cada hombre es una

muestra del poder de transformar al individuo poniéndolo en contacto con Cristo, desde su realidad, desde su deseo más profundo.

Así contamos con el bautismo. Jesús, al decidir compartir con nosotros el peso de la vida —esto es, experimentar el límite que nos hace no poder darnos la felicidad que ansiamos—, se puso en la fila con los pecadores y se sumergió en las aguas del río Jordán para recibir el bautismo de Juan el Bautista. Los cristianos retomamos este bautismo con un sentido nuevo. Sumergir al bautizado en el agua de la fuente bautismal, o mojarle la cabeza, significa unirle al mismo Cristo en el acto de su entrada en el sepulcro en solidaridad con nuestras muertes, y resurgir con Él, participando así en primera persona de su victoria sobre la muerte.

Ésta es la grandeza del bautismo: de manera indeleble, nuestra existencia es sólidamente unida a la de Cristo y a la del resto de los cristianos; nos hacemos un único cuerpo, el cuerpo de Cristo que es la Iglesia: ser cuerpo entregado, vivir según la lógica evangélica de la semilla consumida para dar frutos de amor.

Y así, todos los sacramentos son participación de nuestra vida en la de Cristo. Éstos remiten al corazón incandescente de Dios, a la Pascua de Cristo que llega hasta el final en la donación de sí y de este modo vence a la muerte y hace que la vida merezca la pena vivirse. A través de los sacramentos, la vida en sus distintas etapas (nacimiento y muerte, salud y enfermedad, amor de pareja y servicio a la comunidad, pecado y perdón...) se introduce en el acontecimiento pascual de Jesús, de quien recibe la fuerza y el sentido. Es el mismo Cristo, me-

diante los sacramentos, quien entra en nuestra vida, actuando en ella con el poder de su amor.

De nuevo, la pretensión de Cristo y de su Iglesia puede parecerte increíble, pero te aconsejo una vez más que trates de adentrarte desde tu propia vida en este misterio inefable. Yo tardé mucho en hacerlo, pero sólo cuando me acerqué de esta forma a la Iglesia pude tener la certeza de su veracidad.

Mientras te escribo, miro de frente aquel lugar en el que la tradición afirma que está Pedro enterrado. Pedro, el discípulo que por miedo negó conocer a Jesús, murió años más tarde crucificado como su maestro por dar testimonio de su resurrección. ¿Qué no habría visto para dejarse crucificar boca abajo por Él? Le mataron a las afueras de Roma y dejaron allí su cuerpo para evitar que sus seguidores le veneraran. Una vez más, quisieron acabar con esto que se había hecho tan incómodo. Sobre su tumba, varias basílicas, miles de peregrinos, decenas de artistas, han ido escribiendo la historia; la historia de la Iglesia, y la historia del hombre.

Veinte siglos han pasado, y algunos, en esta plaza, nos sentimos en casa.

Éste es el secreto para que yo haya podido experimentar que todos y cada uno de los lugares del mundo pueden ser nuestra patria.

Querido Ignacio, espero que la próxima conversación sea con una copa en la mano. Llegaré dentro de unas semanas. Mientras tanto, renuevo el deseo que ha tejido estas cartas: que encuentres la respuesta a tu vida. Si descubres que Jesús

de Nazaret tiene algo que ver con ella, déjale entrar, no tengas miedo.

No te digo esto como una respuesta prefabricada, sino como la verdad más grande que he encontrado en mi vida. Porque la fe no es creer en Dios, sino descubrir que Dios cree y actúa en ti todos y cada uno de los días de tu vida.

Gracias por haber hecho este viaje conmigo.

Por cierto, muchas felicidades (es tu santo).

Un fuerte abrazo,

Tu nuevo profesor

De: Tu viejo profesor <ViejoProfesor@universidad.es>
Asunto: **Una bibliografía de referencia**
Fecha: 20 de agosto de 2011 14:12:43 GMT+02:00
Para: Ignacio

Ignacio, te dejo estos títulos por si quieres echarles un vistazo antes de que nos veamos:

Jesús de Nazaret: la verdad de su historia
Juan Antonio Martínez Camino
Edicel, Madrid, 2006

Jesús de Nazaret
Joseph Ratzinger-Benedicto XVI
La Esfera de los Libros, Madrid, 2007

Jesús de Nazaret. Desde la Entrada a Jerusalén hasta la Resurrección
Joseph Ratzinger-Benedicto XVI
Encuentro Ediciones, Madrid, 2010

Rabí Jesús de Nazaret
Francisco Varo
Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2007

Fundamentos de Cristología I
Olegario González de Cardedal
Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2000

Jesús de Nazaret, centro del cosmos y de la historia
Giacomo Biffi
Ediciones San Pablo, Madrid, 2001

NOTAS

1. W. SHAKESPEARE, *Macbeth*, 5, 5.
2. J. HIERRO, *Alegría*, Gráficas Uguina (Col. «Adonais», XXXIX), Madrid, 1947.
3. I. MONTANELLI (febrero de 1996); en U. ECO, C.M. MARTINI, *¿En qué creen los que no creen?*, Temas de Hoy, Madrid, 1997, pp. 128-130.
4. M. ZAMBRANO, *Filosofía y educación*, Editorial Ágora, Málaga, 2007, p. 116-118.
5. Cf. BENEDICTO XVI, *Deus caritas es*, «Introducción», Editorial San Pablo, 2001, p. 7.
6. A. CAMUS, *El primer hombre*, Tusquets Editores, Barcelona, 2003.
7. Todas las citas bíblicas están revisadas con la Sagrada Biblia publicada por la Conferencia Episcopal Española, noviembre de 2010.
8. J. M. GARCÍA, *Orígenes históricos del cristianismo*, Encuentro Ediciones, Madrid, 2007, p. 54.
9. V. FRANKL, *El hombre en busca del sentido último*, Paidós, Barcelona, 1999, p. 204.
10. D. FLUSSER, *Jesús en sus palabras y en su tiempo*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1975, p. 138.
11. Cfr. «¿Por qué permanezco en la Iglesia?» (conferencia-testimonio en Alemania, 1971), en H.U. VON BALTHASAR y J. RATZINGER, *¿Por qué soy todavía cristiano? ¿Por qué permanezco en la Iglesia?*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2005, pp. 81-113.
12. *Ibíd.*

El viejo profesor es un grupo de docentes de varias universidades españolas que ha compartido la iniciativa de escribir estas cartas. Y el corazón inquieto es el de los miles de alumnos que a lo largo de sus años de experiencia han encontrado en sus aulas.

La Delegación de la Pastoral Universitaria de la Archidiócesis de Madrid se alegra de haber acompañado al «viejo profesor» en su viaje, y ofrece la Carta a todos los «Ignacios» que quieran leerla, como un relato abierto que sólo puede concluirse en el corazón inquieto de quien la reciba.

Estas cartas pueden encontrarse en:

www.dpumadrid.es

www.elsentidobuscaalhombre.com

www.cartasaunespirituinquieto.blogspot.com

Facebook y tuenti

